



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

José Luis Peña (Ciudad de México, 1981). Estudió Arquitectura y Artes Visuales en la UNAM. Ha participado en diversas exposiciones colectivas en México, Estados Unidos, Colombia y España. En 2011 obtuvo menciones honoríficas en el XVIII Concurso Nacional de Grabado José Guadalupe Posada y en el Concurso Anual de Dibujo y Grabado Calaveras 2011 del INBA; asimismo formó parte de la selección de la XI Bienal Internacional de Grabado Josep de Rivera en Xátiva, España. Recibió el primer premio del V Certamen Ladrús de Grabado Iberoamericano 2012 en Huelva, España. Actualmente es becario en la categoría Jóvenes Creadores del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico del FOCAEM e imparte talleres en la Asociación Mexicana de Grabadores de Investigación Plástica. Es miembro del Taller La Imagen del Rinoceronte SEA-INBA, en el que coordina el 2º Encuentro Nacional de Talleres de Gráfica Contemporánea A Tiro de Fuego, que se presentará en el Museo Nacional de la Estampa del 5 de diciembre de 2013 al 8 de marzo de 2014.

IMAGEN DE PORTADA



Eder Sánchez Medina, de la serie *Habitar paisajes*, díptico en blanco y negro, fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
De la serie <i>Presagios</i> / Alejandro Pérez Cruz	8
CONCURSO 44 DE PUNTO DE PARTIDA	
PRIMERA ENTREGA	15
Código Konami (poesía) / Eduardo de Gortari	16
Fin de Amorexia / Chichén Itzá / Soy un Quilombo (poesía) / Andrés Mendoza del Valle III	28
Habitar paisajes (fotografía) / Eder Sánchez Medina	38
Comedores compulsivos (cuento) / Carlos Dzul	44
El paraíso de Anselmo (cuento) / Aurora M. López	49
La desilusión de una idea (fotografía) / Francisco Rosales	53
Del humor vegetariano (ensayo) / Víctor Hugo Martínez Bravo	62
Usted no debería leer nada (ensayo) / Sergio Huidobro	68
EL RESEÑARIO	
<i>El mayor monstruo del mundo</i> . La reinención del Siglo de Oro español / Itzel Rivas Victoria	75
Cielos grises / Silvia Aguilar Funes	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 180, julio-agosto 2013
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Itzel Rivas Victoria
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Eder Sánchez Medina
Ilustración de este número: José Luis Peña
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Llegamos en este número a la primera entrega de ganadores en el Concurso 44 de *Punto de partida*: Poesía, Cuento, Fotografía y Ensayo. El primer lugar de Poesía corresponde a Eduardo de Gortari, autor de quien ya publicamos, años ha, algunos poemas tempranos. Esta vez, De Gortari gana el premio con una serie escrita en un lenguaje que remite desde el título —“Código Konami”— al de los videojuegos. El segundo premio en esta categoría lo recibe Andrés Mendoza, con un grupo de poemas hilados de manera notable: “Fin de amorexia / Chichén Itzá / Soy un quilombo”. En Cuento, abrimos la entrega con el humor ácido y un tanto *gore* de “Comedores compulsivos”, de Carlos Dzul, y cerramos con “El paraíso de Anselmo”, relato de corte más clásico, obra de Aurora M. López.

En Fotografía el jurado premió, como ha ocurrido en emisiones anteriores, dos series inscritas en corrientes predominantes de la fotografía contemporánea: “Habitar paisajes”, de enfoque conceptual, obra de Eder Sánchez Medina, y el amplio reportaje documental “La desilusión de una idea” de Francisco Rosales. Publicamos también a los ganadores en Ensayo: “Del humor vegetariano” de Víctor Hugo Martínez, quien discurre por la tradición del albur y el humor soez; y “Usted no debería leer nada”, texto en el que Sergio Huidobro desmonta con acierto una serie de clichés sobre los beneficios atribuidos socialmente a la lectura.

La parte visual del número incluye una muestra espléndida de electrografías de Alejandro Pérez Cruz —jurado esta vez en el concurso—, quien comparte con nuestros lectores cuatro ejemplos de su serie *Presagios*, además del trabajo gráfico de José Luis Peña, egresado de la ENAP, que combina con maestría técnicas clásicas y digitales sobre distintos soportes. Completan esta edición las reseñas —una de teatro y otra literaria— de Itzel Rivas Victoria y Silvia Aguilar Funes.

Finalmente y como todos los años, agradecemos encarecidamente el trabajo del jurado del concurso de *Punto de partida*: J. M. Servín y Magali Tercero; Ana García Bergua, Marcial Fernández, Fernando de León, Eduardo Antonio Parra y Daniela Tarrazona; Alberto Chimal, Daniel Espartaco y Francisco Hinojosa; Geney Beltrán Félix, Gustavo Ogarrio y Blanca Luz Pulido; Lourdes Almeida, Lorena Campbell y Vicente Guijosa; Ernesto Morales, Alejandro Pérez Cruz y Sergio Ricaño; Rocío Cerón, Eduardo Vázquez Martín y Enzia Verduchi; Marina Fe y Mónica Mansour. A todos ellos, gracias. A los ganadores de este año, felicidades. A nuestros lectores, la invitación a seguir participando con nosotros en este esfuerzo ya tradicional en la Universidad Nacional Autónoma de México. 📍

Carmina Estrada

De la serie *Presagios*

Alejandro Pérez Cruz



Todas las imágenes de la serie *Presagios*, electrografía/papel de algodón, 28 × 43 cm, 2012-2013







Alejandro Pérez Cruz (Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, 1966). Estudió la licenciatura y la maestría en Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Es especialista en Artes Visuales por la Universidad Politécnica de Valencia, España. Actualmente es académico del posgrado en Artes y Diseño de la ENAP-UNAM, y coordinador del taller Gráfica Actual. Ha impartido cursos sobre gráfica contemporánea en México, Alemania, España y Ecuador. Su obra ha sido exhibida en múltiples exposiciones individuales y colectivas en Estados Unidos, Alemania, España, Medio Oriente, Polonia, África y América Latina.



Concurso 44 | Primera entrega



Concurso 44

Premios y menciones



CRÓNICA

Primer premio

El grupo

Carlos Sánchez Hernández

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Segundo premio

La ilusión (ahora) viaja en bicicleta

José Alejandro Arceo Contreras

Facultad de Arquitectura-UNAM

JURADO: J.M. Servín y Magali Tercero

CUENTO

Primer premio

Comedores compulsivos

Carlos Javier Dzul Juárez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

El paraíso de Anselmo

Aurora Mercedes López Flores

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, SUA

Menciones

Ahora sí, adiós

Eduardo Armando Rivera Rocha

Universidad Autónoma de Durango, campus Laguna

Las citas textuales

Herson Alan Barona Ortiz

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Tenebrae

Eduardo Medina López

Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel Cuauhtepc

JURADO: Ana García Bergua, Marcial Fernández, Fernando de León, Eduardo Antonio Parra y Daniela Tarazona

CUENTO BREVE

Primer premio

Un instante de insomnio

Asael Ramírez Soriano

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Sobre la importancia de las batas de laboratorio

Mario Alberto Arroyo Arévalo

Colegio de Bachilleres del Estado de Michoacán

Mención

Paráfrasis de vinilo

Isaac Raúl Zepeda Romo

Unidad de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas

JURADO: Alberto Chimal, Daniel Espartaco y Francisco Hinojosa

ENSAYO

Primer premio

Del humor vegetariano

Víctor Hugo Martínez Bravo

Instituto de Estudios Superiores en Neurociencias, Psicoanálisis y Salud Mental

Segundo premio

Usted no debería leer nada

Sergio Raúl Bárcenas Huidobro

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Menciones

Fedón: una reflexión

Isaac Gustavo Magaña Gcanton

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Asedios al aura en la obra de Eisenstein. ¡Que viva México! Una odisea colectiva

Alejandro Salvador Ponce Aguilar

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

JURADO: Geney Beltrán Félix, Gustavo Ogarrio y Blanca Luz Pulido

FOTOGRAFÍA

Primer premio

Habitar paisajes

Eder Sánchez Medina

Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

Segundo premio

La desilusión de una idea

Francisco Javier Rosales Chávez

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Menciones

Superficie integrada

María Angélica Velázquez González

Facultad de Ingeniería-UNAM

Allá

Jesús Uriel Mejía Vidal

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Puertas

Abdel Camargo Martínez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Lourdes Almeida, Lorena Campbell y Vicente Guijosa

GRÁFICA

Primer premio

Cosas que son dos cosas

Eduardo Ortiz Jiménez

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Segundo premio

Animalia 001

Said Pérez Amelco

Instituto de Artes-Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Menciones

Trazos fragmentados

Ana Carol Ortiz Nieto

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

¡Mira! Engordé dos kilos

Marisa Ortiz Monasterio Giménez Cacho

Centro Universitario de Teatro-UNAM

Nacimiento de una rafflesia, la flor más grande

Leonardo Cuevas Morales

Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda"

Proyecciones

Carlos Alberto Salazar Sandoval

Centro Morelense de las Artes del Estado de Morelos

JURADO: Ernesto Morales, Alejandro Pérez Cruz y Sergio Ricaño

POESÍA

Primer premio

Código Konami

Eduardo Enrique de Gortari Aguilar

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Fin de Amorexia/Chichén Itzá/ Soy un Quilombo

Óscar Andrés Mendoza del Valle

S.E.N. de Preparatoria Abierta, sede Mérida, Yucatán

Mención

El camino de una larva

José de Jesús Palacios Serrato

Universidad Autónoma de la Ciudad de México/UNAM

JURADO: Rocío Cerón, Eduardo Vázquez Martín y Enzia Verduchi

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

Encarnaciones de niños quemados, de David Foster Wallace

María Teresa Macouzet Menéndez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

El equipo de natación, de Miranda July

Herson Alan Barona Ortiz

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Visto, leído, escuchado, de Driss Chraïbi

Mariana Arzate Otamendi

El Colegio de México

La travestía del manglar, de Maryse Condé

Dulce María Griselda Quiroz Bustamante

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Marina Fe y Mónica Mansour

Primera entrega

POESÍA / Jurado: Rocío Cerón, Eduardo Vázquez Martín, Enzia Verduchi

Código Konami / Primer premio

Eduardo de Gortari

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Fin de Amorexia / Chichén Itzá / Soy un Quilombo / Segundo premio

Andrés Mendoza del Valle III

S.E.N. de Preparatoria Abierta sede Mérida, Yucatán

FOTOGRAFÍA / Jurado: Lourdes Almeida, Lorena Campbell, Vicente Guijosa

Habitar paisajes / Primer premio

Eder Sánchez Medina

Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

La desilusión de una idea / Segundo premio

Francisco Rosales

Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

CUENTO / Jurado: Fernando de León, Marcial Fernández, Ana García Bergua, Eduardo Antonio Parra, Daniela Tarazona

Comedores compulsivos / Primer premio

Carlos Dzul

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

El paraíso de Anselmo / Segundo premio

Aurora M. López

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

ENSAYO / Jurado: Geney Beltrán Félix, Gustavo Ogarrio, Blanca Luz Pulido

Del humor vegetariano / Primer premio

Víctor Hugo Martínez Bravo

Instituto de Estudios Superiores en Neurociencias, Psicoanálisis y Salud Mental

Usted no debería leer nada / Segundo premio

Sergio Huidobro

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Código Konami

Eduardo de Gortari

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Para Paulina

El Código Konami es un truco que puede ser usado en ciertos videojuegos de Konami, que normalmente activa alguna opción secreta. En la partida, el jugador pulsa la siguiente secuencia de botones en el control:

↑↑↓↓←→←→B A

Ésta es la versión original del truco diseñada para el controlador de NES. En el uso normal, muchos jugadores incluyen el botón Start al final del código, pero esto sólo sirve para empezar o continuar el juego y no es parte del truco; en muchos sistemas, Start es reemplazado por el dúo Select-Start.

Wikipedia

*o yo,
respirando el aire que media entre gota y gota cuando llueve,
rechazar esos impactos, después se hacen
videojuego de tinta en el papel
Agustín Fernández Mallo*

Dr. House

House se encierra en su departamento de Baker Street 221B y se mete de golpe 3
pastillas de vicodín

Piensa en Hitchcock: Nada hay más temible que una puerta cerrada

Piensa: Sherlock Holmes ya lo sabía

House se encierra en su consultorio y después de otras 3 pastillas de vicodín piensa en
la nueva enfermedad que llegó al Princeton-Plainsboro

Piensa en el método para abrirla: un candado

Piensa en la forma de resolverla: un homicidio

Piensa: nunca es lupus

House ve porno en su computadora después de unas pastillas de vicodín y piensa:

no existen los pacientes: existen las enfermedades:

//Sintomatología análisis clínico diagnóstico//: a la mierda el protocolo:

si esto no es ciencia: es un arte

Una enfermedad es una puerta cerrada y curar requiere

trabajos de cerrajería: asir la verdad detrás de la chapa como un detective

a pesar de los regaños de Wilson de Cuddy

a pesar del dolor en la pierna

a pesar del receptáculo del delito:

pacientes que responden a su condición humana:

pacientes que responden a la condición del lenguaje:

pacientes que mienten: todos mienten

Ocurre más seguido de lo deseable: las llaves no son las indicadas

y aquella chapa no cede por la fuerza:

no deja entender el crimen cometido

en esa habitación cerrada por dentro

Piensa House en los Stones mientras toma vicodín //a secas: para qué contar si ya es otro frasco//: en lo que no tiene y lo que necesita y lo que no quiere ni necesita pero igual lo tiene

Piensa en la enfermedad como un crimen donde aún no hay un muerto: piensa mientras piensa en abrir las piernas de Cuddy piensa mientras piensa en abrir una botella de whisky piensa que en él hay un crimen sin resolver: piensa que piensa demasiado

Descripción clínica de House:

El detective el cerrajero el adicto el de mal humor el médico con bastón siempre en frente de la habitación cerrada

y eso que yace

detrás de la puerta

detrás de la puerta

detrás

y nunca es lupus



Código Konami

↑↑↓↓←→←→ B A:

Nueve meses para cargar el programa //sistema operativo//: parto: partimos sin
 instrucciones/ partimos sin nadie/ sin nadie nos vamos
 Partirnos la madre en cada sesión: fallas en el sistema: actualizaciones
 Arriba: pixeles forman constelaciones de 8 bits:
 el fin del terreno/ la chica arriba de ti: los ojos fugaces/ los arabescos de baja resolución:
 El cielo de pixeles/ por siempre/ como una chica
 Abajo la tierra: los pies en la tierra/ o dos metros por encima/ si se toca el cielo o la
 chica:
 sus ojos: pixeles: reprogramación del sistema: las leyes de la física
 Abajo la tierra: Nunca nosotros bajo la tierra
 Nunca tus ojos sin los míos //transferencia de datos//
 Nunca esta cama sin nadie en tu espacio a la izquierda
 Nunca tres metros bajo la tierra: nunca GAME OVER
 A la izquierda el corazón //motor de búsquedas//: tu nombre/bujía
 A la derecha en el auto: mi copiloto/ mi radar/ mi arma de fuego
 A la izquierda el acto político como un acto artístico como un acto ético como
 un acto amoroso
 A la derecha //forward// las horas: esa canción que no me enloquece, estos días en
 cámara lenta
 ¿Dónde termina este nivel? ¿Dónde empieza? ¿Dónde queda el final de este terreno?
 Fallas en el sistema: astigmatismo: estos ojos que todo lo ven pixelado
 Tu nombre/código para ver el mundo detrás del mundo
 Tu nombre/password para acceder a niveles secretos del mundo
 Tu nombre/select en esta vida sin vidas extra
 En este juego sin reset
 En este juego por tu nombre
 En este juego que lleva mi nombre
 En este juego a morir
 Start

Astigmatismo

Ella fue mis ojos una noche
Las albercas me ponen cancha de local:
me hacen sentir en casa
Platicamos al borde
buscando con los pies pedazos de mosaicos sueltos
Vi sus ojos en la bruma
Ella fue mis ojos una noche: dejé
los lentes en el cuarto: ella
me explicaba los objetos las personas:
mi guía a través de la niebla
a través de fantasmas en un televisor sin señal:
fue mi antena
Vi mis ojos en la bruma
Eso busqué siempre: resolución de la pantalla:
una mano para cruzar
once dioptrías de astigmatismo

Ambulancias

Voy a rentar una ambulancia para pasar frente a tu casa

Juan Villoro

Una tarde chocamos juntos
y esperamos la ambulancia
comparando heridas
la cobertura en la póliza de seguros

Qué error eléctrico logró indicarnos el verde del semáforo al mismo tiempo
//una suerte reservada para los torpes tras el volante//

Nuestra canción: las sirenas a lo lejos:
efecto Doppler sentimental:
pasó una ambulancia y me acordé de ti:

Quiero llevarte serenata

Qué exactitud logró indicarnos el verde del semáforo al mismo tiempo
//una suerte reservada para los que tienen mala suerte//

Rentaré una ambulancia para acordarme de ti
Veré videos con maniqués de prueba en slow motion para acordarme de ti

Voy a llevarte serenata
Voy a llevarte serenata a medianoche

Sí: era nuestra canción
Sí: era música disco

Veo pasar a la gente y a los coches en un semáforo*

y a los que siempre van solos al cine
y los que tienen vidas de película
los que caminan solos donde sea
y los que no caminan ni una cuadra

a quienes buscan algo en otra parte
y miran como si fuera a lo lejos
como si en otra parte del planeta
alguien hoy sintiera que aquí lo buscan

y los que ven la vida como un coche
que se desliza por el carril de alta
¿sabrán a dónde van, de dónde vienen?

y pasan como notas en la radio
y buscan el pasado en el espejo
retrovisor luego ven hacia el frente

* Véase: Google Maps:/ Insurgentes y Baja California;/ Insurgentes y Eje 10;/ Insurgentes y Reforma: Véase:/ la gente/ cuando pase/ en coche o caminando./ Véase/ si no ha visto/ lo que yo.

Código Konami

Contraseñas para pasar un nivel

Contraseñas para sacar dinero del cajero automático

Contraseñas/métodos para encender el coche

Contraseñas para desbloquear el celular

Contraseñas/golpes para arreglar el televisor

Contraseñas para acceder al correo electrónico

Contraseñas/canciones para entender los motivos del juego las razones del
programador: fugaces cosmogonías de tres minutos

Contraseñas para acceder a Facebook

Contraseñas para no dormir solo

Contraseñas/medicamentos para obtener vidas extras

Contraseñas/nombres para sobrevivir el día

Contraseñas para acceder a niveles ocultos detrás de este nivel detrás de este día detrás
de estos ojos

Contraseñas: estas palabras/acordes para acceder a niveles ocultos:
este programa que llaman mundo:

↑↑↓↓←→←→ B A

Select

Start

The Big Bang Theory

En el principio alguien puso la aguja en un vinyl:
música de entrada: el universo empezó como una sitcom:
un avión que despega un coche que se enciende
y el motor empieza a girar a miles de revoluciones por minuto
así empezó el universo
El polvo se agrupa en espirales y el centro se contrae hasta encenderse
//más música//: estrellas: pixeles en el cielo
donde reacciones nucleares forman/ los elementos de la tabla periódica
//reactor alquímico de Fulcanelli//
Las nebulosas forman vinyles galácticos:
galaxias giran alrededor de hoyos negros:
el universo es una gran tienda de discos
//qué canción detrás de cada giro Dios toca y no escuchamos//
Más tarde los planetas
//roca fundida pa' poner unas arracheras en las brasas//
se forman y se golpean como bolas de billar hasta enfriarse
los ánimos: todos contentos dan vueltas ahora alrededor del Sol
Luego un punto gris en el universo que es ahora un punto azul en el universo:
la Tierra: pero es casi pura agua: no siempre estuvo aquí:
llegó de lejos: vino en meteoritos:
pipas interplanetarias dejaron el agua
y de paso //qué madriza// formaron la Luna
que no se llamaba Luna porque no estábamos nosotros
Antes hubo un caldo que seguro supo rancio: sopa Maruchan primigenia

con alto contenido en aminoácidos pero nadie que la probara:
se echó a perder: generación espontánea: lo que ahora es podrido
hace millones de años fue el principio de la vida:
le salieron protozoarios luego bacterias:
Salmonela Amibiasis Cólera se llamaron las primeras naciones
pero aún no había a quién invadir:
fueron tiempos aburridos: era el año del caldo
Aunque tuvieron su historia: después de varias revueltas intestinas
se organizaron: células marxistas se unieron por el bien común
y decidieron crear cooperativas: seres multicelulares
Pero no duró mucho tiempo: se dividieron
hasta que un día alguien se tuvo que salir del huacal:
un anfibio descubrió la tierra y le gustó
eso de vivir en la playita:
se echó debajo de una palmera y ahí sentó cabeza:
Residencial Pangea: damos crédito hasta que cambie de especie
//no se aceptan branquias//
y sus hijos: dinosaurios: juniors jurásicos se anduvieron comiendo
los unos a los otros mientras una rata //o algo parecido// amamantaba:
llegaron los mamíferos con su complejo de Edipo a joder el reino
Después la Tierra //broncuda como ella sola//
se metió con un asteroide que cayó en Cancún
cuyas aguas no eran azules sino más bien azufrosas:
mala suerte: el planeta se apesó de tanto azufre
y el olor a huevo podrido mató a los dinosaurios
Ok: eso y que no había sol en la playita ni en ningún lado
//mal olor cielo nublado: ¿no te suena al DF?//
pero los mamíferos que ya estaban apesados desde aquel tiempo fueron inmunes:
eran defeños: se encerraron en sus casitas como si hubiera gripe porcina
y cuando la alerta pasó salieron a comerse nuevamente los unos a los otros
¿Y después?: nosotros: de África para el mundo:
el habla: empezó la hypermúsica:
una canción infinita que aspira a llegar a Dios
una línea infinita que aspira a llegar a Dios
pero asíntota

porque Dios no habla: él sólo pone la música
y nuestros átomos hablan y giran como vinyles
y nuestros corazones hablan y marchan como motores:
música de las esferas: desde que hablamos el universo habla
y en un segundo de palabras dominamos el fuego armamos la guerra
descubrimos la rueda y leímos //como Simba// nuestro destino en los pixeles
donde se formaron los elementos que nos componen
y creamos las revoluciones y las pirámides los calendarios los libros y los mitos la bombilla
eléctrica y los coches la cerveza y las computadoras y Google y la radio y los teléfonos y las
estufas las casas las escuelas los ejércitos y las leyes el tráfico y la Coca- Cola y las hamburguesas
la risa y los tanques las pruebas de embarazo y los cigarros y el Facebook y los condones los
exámenes y las quincenas la música y los ovnis los impuestos el futbol y las tangas las carreteras
los gobiernos y las revistas del corazón los funerales y las películas y el bótox y los cuchillos los
celulares y los doctores y los suburbios y las fronteras
y la televisión
donde tú y yo vemos una sitcom
como si el Big Bang y todas las cosas hubieran pasado
para reunirnos a ver tu programa favorito comiendo comida china
en un punto azul del universo
Todo ocurrió para estar aquí sentados
sabiendo que también inventamos el fonógrafo
y supimos entonces que Dios puso un vinyl:
una canción a la que todos pertenecemos
y sonaremos por las bocinas hasta que Dios cambie el disco
o le regalen un iPod

Código Konami



↑↑↓↓←→←→ B A

Amén

Eduardo de Gortari (Ciudad de México, 1988). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Es autor de los poemarios *Singles //05/08//* (RDLPS, 2008) y *La radio en el pecho* (FETA, 2010), este último elegido como uno de los mejores del 2010 por el diario *Reforma*. Ha colaborado en revistas como *Punto de partida*, *Luvina* y *Tierra Adentro*. Actualmente es becario del FONCA.

Fin de Amorexia / Chichén Itzá / Soy un Quilombo

Andrés Mendoza del Valle III

S.E.N DE PREPARATORIA ABIERTA SEDE MÉRIDA, YUCATÁN

El día de mi cumpleaños Plutón dejó de ser planeta.

En los prados silentes del hambre del hombre / Moran un par de verdades absolutas / Tus versos de un destierro que no llega / Tu tinta maculando mis nudillos con promesas / La sangre amontonada en la maleta / No quedan ya desfiles ni atentados / Sólo un sopor parecido a una sordera / La guerra fría de todas las ideas / Repletas de neuróticos amantes sin playera / Músicos con unos dedos tristísimos sin playera / Amigos muertos yendo a fiestas sin playera / Nosotros sin playera infiltrados en la arena / Inventando otra vez la primavera.

El día de mi cumpleaños regálame el ansia de una fuga / En Re menor, al fondo de tu garganta / Al cuadrilátero de tu mordida, a sus orillas / Regálame todos los discos de Bob Dylan / Autografiados en rojo por tu boca / Regálame planetas, nebulosas y mareas / Un regalo que sólo conozca mi cabeza / Un engaño de labios, de jump-cuts y pirotecnia francesa / Y no dejes que nadie más la vea / Y no dejes que nadie más nos vea / Regálame el ansia de una fuga hacia la muerte / Mi única certeza.

Lo Itzá se te nota a leguas / Pero su humedad se acentúa con más paciencia en tus caderas / Y en tu pelo / En tu espalda donde alguna vez se imprimió la galaxia / Y ahí estamos todos, todos los hijos y los nietos / Si te pones tus gafas podrás ver nuestra casa / La saudade destilándose en la mesa / Un brindis, una canción que no termina nunca / El queso parmesano a quemarropa / El pan, el hummus nuestro de cada herida / La voz de Leonard Cohen dentellando en las ventanas / Erizando las fibras del mantel / Donde murió una copa de vino chileno / Un cachito de dicha y dinamita, a 60 pesos la botella / El humo asciende, asciende, conoce todo lo que ignora / Se mueve tiritando y hace llorar tus ojos / Me quedaré a vivir en el milímetro previo al beso / Que se apaguen las luces es mi último mesiánico deseo / Te voy a llevar a conocer otra versión del universo.

La esperancita / Bruja del agua seca.

Y se va cayendo poquito a poco lo que no fuimos / El 10 de mayo de hace quince años, sin un regalo / Mi madre y el piquete de alacrán entre sus manos / Te olvido o te recuerdo, no distingo / Somos un pedazo de glaciador que se desprende / La nostalgia de Pangea / ¿Sientes lo mismo que yo en la caída? / Que al fin en esta depresión post-parto que llamamos vida / En esta muerte pasajera / Ligeramente y casi en broma / Al fin y de una vez por todas / Iremos a dormirnos calentitos.

Hablaba de caídas / De que siempre nos han cortado mal el pelo / De mi pulgar en tu boca y que Sartre era feo / De que su *Ser y la nada* funciona bien para atrancar la puerta / Para pararnos en él y vernos mejor al espejo / De una lesión en el pie / De que no me cansa el sexo.

Hablabas de maravilla y hablaba de maravillas / No me juzgues, no tengo la culpa de ser solo / De la libre asociación de las palabras / De como supernovas el derivar de mi mente / Y de esta esperancita del amor que tú me das / Que no sé dónde está pero se siente.

Traducido a ningún idioma / Amour Fou.

En la portada del cuerpo puedes leerlo / Amour Fou / En letras grandes pero invisibles / Letras de leche y miel escurriendo por debajo de tu lengua / Bebed hijo mío, el mundo es tuyo, la carne es tuya / Los oráculos de oro y mentiritas / Toda la mitología de miles de años de aburrimiento / Mira cómo se derrite el tiempo, los años arden / Entre una era y otra sólo hay montones de tela / Y todo lo que fuimos, ropa vieja.

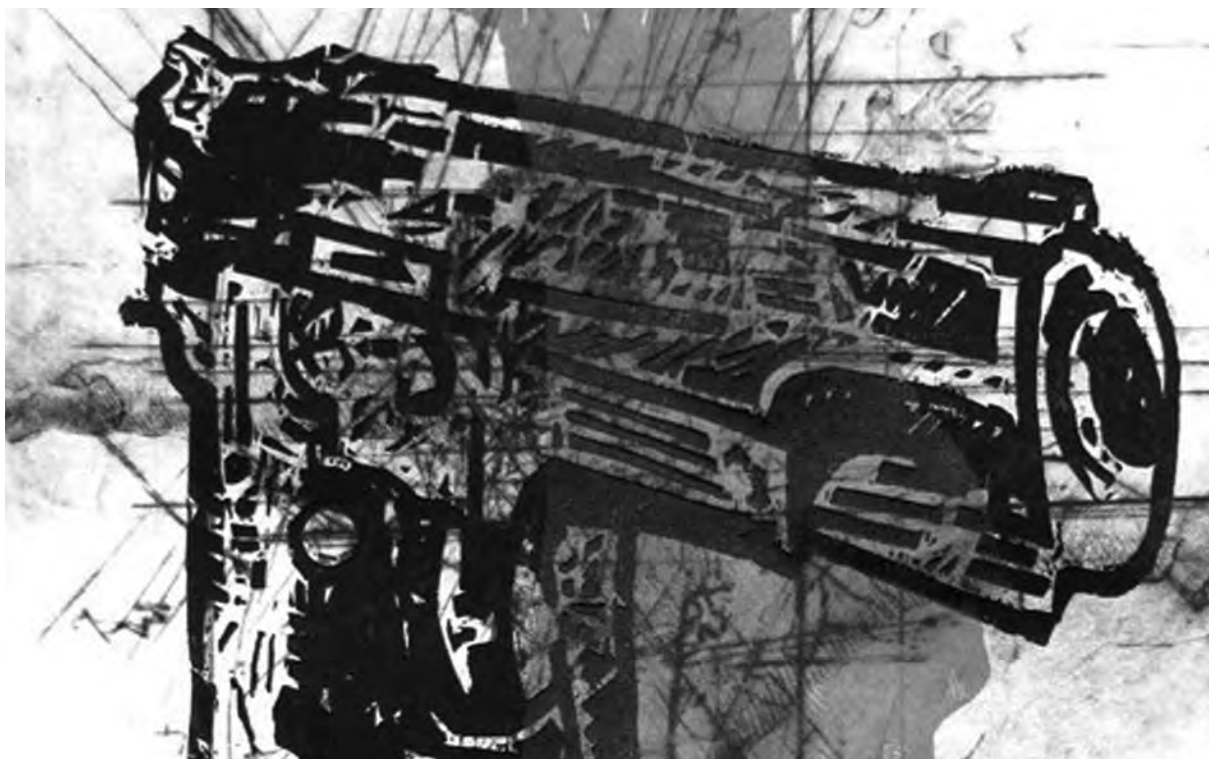
Los mismos de siempre fabricarán precipicios / Osarios para tu disfrute y tu consumo / Habrá que continuar con la proeza / De guiar las avalanchas a la tumba / Nadie te va a explicar nada / Eres sólo una mano sin reverso / Un horario diferente a todos los del mundo / Te verán resucitar al segundo día / En las noticias de la mañana / Te amarán, te odiarán, te tendrán miedo / Nadie podrá jamás decir tu nombre.

Te han de reconocer en todos los aullidos / Con tus cejas mesiánicas de orden toscano / Todos esperan la magna respuesta improvisada / Fumar del hashish decomisado al Santo Imperio Romano / Y bailar y llorar y bailar y llorar y bailar y llorar / Esa hermosa costumbre de no entender nada / Financiada por empresas refresqueras / Que en sus campañas publicitarias declaran: / Se queman bibliotecas a domicilio.

No tomar prisioneros.

La década aún retumba en los pasillos / El vertedero incontrolable de todos nuestros sueños /
Las mentiras y poemas, los mangos aplastados en el patio / El añil, la cal en los zapatos / Un par
de Repúblicas Platónicas pagadas por adelantado / Con dinero prestado
Disfrazados de Horacios / Asaltamos dulcemente los cuarteles / De libros empolvados por
comisarios abyectos / Ignorantes incluso de su escarnio / Tomamos por derecho prisioneros /
Que se unirían a las filas de la horda / De caudillos imberbes y sedientos.

La década nos secuestró y no pide rescate / Ni quién quiera pagarlo / Somos los rehenes de los
rehenes liberados / Por eso inventamos el Síndrome de Esta-calma / Imitamos a Houdini desde
entonces / Porque en el cuarto de atrás, el cuarto oscuro / Nuestras ideas incestuosas se cogen
entre ellas / Mientras tanto / Ahí en el relleno sanitario envejece / Todo el pelo que alguna vez
nos cortamos.



José Luis Peña, *La inefable* (detalle), linóleo/punta seca/madera, 57.5 × 45 cm, 2012

Fin de la infancia.

Planeamos otra vez la recaída / El cumulo perfecto de acciones imperfectas / La danza patética de nuestros desencuentros / A qué le tienes miedo, a mí o al miedo / Al rescate o al secuestro / A estar jodidos o a estar contentos / A estar igual, a estar igual, a eso es a lo que yo le tengo miedo.

Hay imanes bajo nuestros pies, no es un secreto / Un titiritero inverso, inmerso en el subsuelo / Quién dicta esa sentencia, los egos son panfletos / Yo traicioné a la revolución, lo digo sin vergüenza / Las utopías me quedan grandes, me vuelan el sombrero / Que si el cabello corto, que si el cabello largo, que si el cabello negro / A la caída del cabello, a eso también le tengo miedo.

Venganzas ridículas, vacías / De hojalata y sin corazón / Burocráticas alianzas, que nos llevan siempre al insomnio-patíbulo / En la Irreal Academia de Nuestras Lenguas / Coróname, coróname de espinas ahora / No esperes más, dame mi homenaje en vida: Pendejo Honoris Causa / Yo llevaré flores a la tumba que cavé para ti, mucho antes de conocerte.

Ya estuvo duro y ya estuvo suave / Tuve suficiente de este deforme de gobierno / De las guerras, las treguas, los armisticios / Quédate con el imperio / Esta vidurria de dialécticas inocuas / Del malo contra el bueno, del agua contra el fuego, de indios y vaqueros / Me avalan las encuestas: Yo tropecé primero.

No queda nada, sólo la leche derramada extrañando a su vaca / La casa que no recuerdas / La mañana a dos de tres caídas, sin límite de tiempo / Todo, si se ha de acabar se acaba, el cuento de terror, el cuento de hadas / Y todo es más sencillo, o al menos, menos, cuando no queda nada.

No me retracto, llevo al empeño la medalla que gané en tus olimpiadas / Ya estoy muerto, es mi mejor coartada / Deserto al desierto / Se acabaron los peces / La bola a la buchaca, la mano empalmada / Alguna vez pensaron que habría retorno / No hay nada, sólo un coro, un eco, un Páramo sin Pedro / En tu boca seca una carta en que confieso, mis secretos sin voces / Un par de sueños atroces / Que darían lo que fuera por ser nuestros.

Robé un elefante blanco para ti, lo fundí, tapé con él mis muelas picadas / Las cosas que se dicen, los adioses / Los olvidos que se heredan de Pessoa a Pessoa / En el país más idiota del

mundo / Lleno de Juan Diegos de 2 metros de altura / Con un sexo subrepticio estampado en el ayate / Allá en el cerro, subí al cerro, dancé en la cima del cerro / Vi todas las ciudades, menos una / Pájaros que volaban a casa y no llegaban nunca / Algunas caras y millones de espaldas / Me aprendí un par de manos / Vi el amor a los ojos, pero no pude sostenerle la mirada / Daumal tenía razón, no puedes estar ahí mucho tiempo / Hace calor y frío, hace miedo / Y en ningún lado venden cigarrillos sueltos / He aquí un último tiro, un último despojo de nostalgia vestido de consejo / Cuando te canses de oirme hablar del cerro / Es fácil, sube al cerro.

Aquí se acaba mi infancia / Este es el fin del juego / Hasta la basura se separa.

Renuncia al cargo.

No me da la gana ser un hombre / No me da la gana hacerme cargo / Las ideas, las misiones, el sano juicio / No me da la gana el mecanismo / Quiero quedarme en casa todo el día / Masturbándome en silencio / Olvidarme de que existen las mujeres / Los procesos / No me da la gana el transcurso del tiempo / Las estaciones del metro / Las fases de la luna / Los nombres de pila, los espejos.

No quiero buscar más / Renuncio a mi derecho / A la búsqueda incesante de los hechos / Renuncio a las calles que conozco y a sus perros / Al año en que nacimos y al imperio / Al brillo en tus pupilas y la sangre en tu cuerpo.

Recuerdo bien lo que decías, no olvido tus palabras / Enseñar a Proust y a Dostoievski en las primarias de México / Que Reyes y Paz fueran asignaturas obligadas / Piénsalo bien, ¿Cómo podríamos, entonces, burlarnos de los que son más tontos que nosotros? / No sería especial lo poco que sabemos.

Renuncio a mi renuncia / No me da la gana ser congruente.

Te siento japonés.

Míranos otra vez, perdonados y felices / Ustedes siempre un poco más reales / Ustedes siempre un poco menos solos / Míranos otra vez, qué maravilla / Cortando el césped de la alegría perdida / A la caricia rota en la camisa / Acurrucados contra las cornisas / Del fin del mundo y sus siete u ocho maravillas.

No había soñado tanto desde entonces / Una versión más novedosa de la muerte, que supone / Las escapadas nocturnas al bar La Pesadilla / Que incluye, a modo de cortesía / Visiones varias y heridas las lamidas / O lamidas las heridas / O todo lo que se te ocurra a ti también.

E quem sabe então Cozumel será alguma cidade submersa.

Tengo lo que quieres / Lo que todos quieren / Saliva / Hay quien dirige países enteros con saliva / Que lanza a la guerra a todo su pueblo / Sin miedo y sin retorno / Hay quien da la vida, quien da la muerte / Por saliva / Y si acaso juntaras la tuya con la mía / No te das cuenta / Que hasta los muros más altos tiritan en el agua / Hundiríamos la luna / Podríamos ser dios / O aún mejor / Una humedad / La edad de una marea. /

Oceánica, impasible / Copépoda irresistible / Te filtraste entera / En mis poros / En la boca de las ballenas / Iridiscente / Un destello aéreo / Un mahi-mahi disfrazado de altocúmulo / Una manchita de aceite en un charco / Que te refleja a ti misma en lo más alto. /

Has nadado de noche en el abismo / En tu propio fluido / Empapada en azul cobalto / Reventando higrometros y moralinas / Quién te inventa / Quién formula el cauce de tu nombre / Si has nadado de noche en el abismo / Si te hundes / Y eres el fosfeno que ven mis ojos abiertos / Cuando todo lo demás es sólo un lívido reflejo / Por qué no fumas mi Nitrox / Y sin tocar el fondo nos hacemos / Un batiscafo de humo / Volutas bajo el agua. /

Cesación de Fibonacci / Fin de la espiral.

Encontraste un banded tulip / No sé cómo se diga eso en español / Como tú decías / Ignorance is bliss / Pero es imposible ignorar / Tu cuerpo en la arena / Un día de verano / Fatal e improbable. /

El espejismo / El mirage de tu amor nácar / Me parte, me sedimenta / Me reconstruye / Pequeñas rocas molidas por las eras / Sombrero grande y gafas oscuras / Detrás de ellas tú, oculta /
Desnuda y expectante / Emperatriz de la aragonita / Pones al alcance de los hombres de la tierra / El calcio del big bang en tu mandíbula / En el dedo más pequeño de tu mano izquierda / En tus pómulos de la realeza mesoamericana / Sobre tu abdomen versátil / De proporciones áureas /
Dentro y fuera te cristalizas / El primer huracán con nombre maya / Coloqué el banded tulip sobre tu ombligo / Un poco de arena cayó de su interior / Eso era la vida. /

Madreperla, me cambié de casa / Perdí mi casa, mi caracola / Regálame otra vuelta en tu esqueleto / Ver cómo eres por dentro / El logaritmo de tu organismo / Girando, enredándose / Si tengo suerte puede que esta vez me mate / Pero no me mata, no me matas nunca / I'm the third largest coral reef in the world / Soy invencible, mástícame / Acércame a tu lámpara de Aristóteles / Devórame, no tengas miedo / Esto es sólo una valva más que me desnudas / Que te desnudo / Un peso más que se hace polvo.

Estuve ahí / Te hice el amor sobre la playa / Y volverá a pasar / Aunque para ello tenga que esperar / Convertirme en un bandid tulip esperándote en la arena / Ven a encontrarme / Yo sé que podrás reconocerme / Ponme entre los labios de tu sexo / Yo ahí, concha entre tu concha / Volveré a la vida / Eadem mutata resurgo. /

Idolopeya / Río Hondo.

Si dije que mi amor estaba muerto / ¿Quién es éste que habla entonces? / La sombra de la
sombra encarnizada / Mi ensayo permanente de calvarios / Te dice adiós mi Lázaro / En este
funeral que no es ni el suyo / Y todos los demás Lázaros / Incluso aquel, Cárdenas Del Río / Pon
atención en ese último nombre / Cuando te cansas de amar a nado / Hundes las uñas en el barro
/ La tierra firme, el soliloquio y el peregrinaje / El hurto de otras reliquias / Un par de códices
aniquilados / Rapaz criatura terrestre / Ahí es cuando te crees que has venido del polvo / Y
buscas otra vez hacerte polvo / No es tan fácil cómo se organiza el agua / Nuestros recursos
fluviales / En un descuido breve, discreto como la grava embotada del fondo / Ya traes un río
adentro / Hecho de otros cabellos, de nuevos tenis viejos / Otra casa de citas, otra casa de
espejos / Se ha hecho alguien un río, un sosegado flujo / Desordena con paciencia todo ahí
dentro / Ganan los pescadores / Ganan los tricicleros que te llevan del muelle hasta tu casa /
Gana el panadero por cuyo pan haces fila hasta en sueños / No pierde nadie cuando nace un río
/ Ahora tengo otro afluente que no es el tuyo / Anastomosado / Pionero del relato /
Desembocándome, desenlenguándome / Pero al final te encuentro otra vez ahí dentro / En la
a-mar / Todos sabemos a dónde conducen los ríos. /

Traigo un par de trilobites colgando del costado / Me acerco otra vez al rompeolas a través de un
cuerpo / En mis labios ya se demora un sabor de agua salada / Tomo una bocanada / Desnuda,
como la roca sin musgo / Me ausento / Y en esta línea paralíptica / Ni siquiera voy a decirte que
te amo. /

Juan Pech Mackandal (I).

No soy Papá Bon-Kè / No soy Fray Diego de Landa. /

Armar y desarmar es el amor / Y todo amor es un quilombo. /

Te cortarían la oreja izquierda y la llevaría a mi casa / Como a los prisioneros de Saigón / La
colgaría a mi cuello / Con una soga de henequén dorado / Tejida a mano por diez mil de mis
esclavos / Traídos de Tekax y el Cabo Haitiano / La colgaría en mi cuello como una medalla / Sí,

a mi cuello como una presea / Tu oreja amerindia, bronceada / De bronce / Porque en mis olimpiadas el ganador se lleva el bronce / El oro no me gusta y la plata me aburre / Ése será el souvenir que lleve al otro lado / Guiado por mi techichi / A esa plaza de armas donde seré quemado / Pero primero me cortarán un brazo / Te lo darán de trofeo / Y dirás que soy un héroe o un tirano. /

Nicotlamati / Juan Pech Mackandal (II).

Tu lengua no me la aprendo / Me fija a un campo de algodón repleto de murallas que ni Paz imaginaba / Siempre que se hace un surtidor de voces / Turix con y sin élitros / Conozco sólo trazos de tu idioma / Que evoluciona a través de los días / Y se aglutina tu lengua en mi lengua / Se sufija, prefija, infija y se carcome / Como a las piedras el tiempo y las botas / No te subas a la gran pirámide del Sol / Las fotos, por favor, sin flash / Sin luz, sin memorama / Sólo el deseo de tender un hilo negro / Negrísimo / Que aniquile a los supuestos descendientes de la gloria romana / Y a tus mitos / Yo sé que te interesa más Nat Turner que Jacinto Canek / Lincoln que Sucre / Savannah, Georgia que União dos Palmares.

No cometamos el pecado de destruir nuestra raza / La mixtura en que derrotamos a la esfera / El fin del amor es el único cisma / No me olvides / Aún nos queda el ragtime, el candombe, la zamacueca y el hip hop / Las Guerra Floridas / Los gritos en el campo / México, casi liberado / En el que tú vales más que yo, porque tus dientes son mejores. /

Andrés Mendoza del Valle III (Cozumel, Quintana Roo, 1988). Estudia el último semestre de la Preparatoria Abierta en la rama de Humanidades. Becario del PECDA Q. Roo en 2008 y 2010 (Poesía / Guión). En 2011 ganó el primer lugar en el primer concurso de Cuento Corto organizado por la Facultad de Antropología de la UADY. En 2012 obtuvo el primer puesto en el Concurso Internacional de Cuento Cada Loco con Su Tema a cargo de Benma Editores. Desde 2006 codirige el colectivo independiente Hazme Sentir, con el que ha editado la revista *Soliluna*, formado el ensamble audiovisual Anémic Cinéma y obtenido el primer lugar en las ramas Videoclip y Ficción en el primer y segundo concurso de cortometrajes de la UQ Roo campus Cozumel.

Habitar paisajes

Eder Sánchez Medina

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN-UNAM

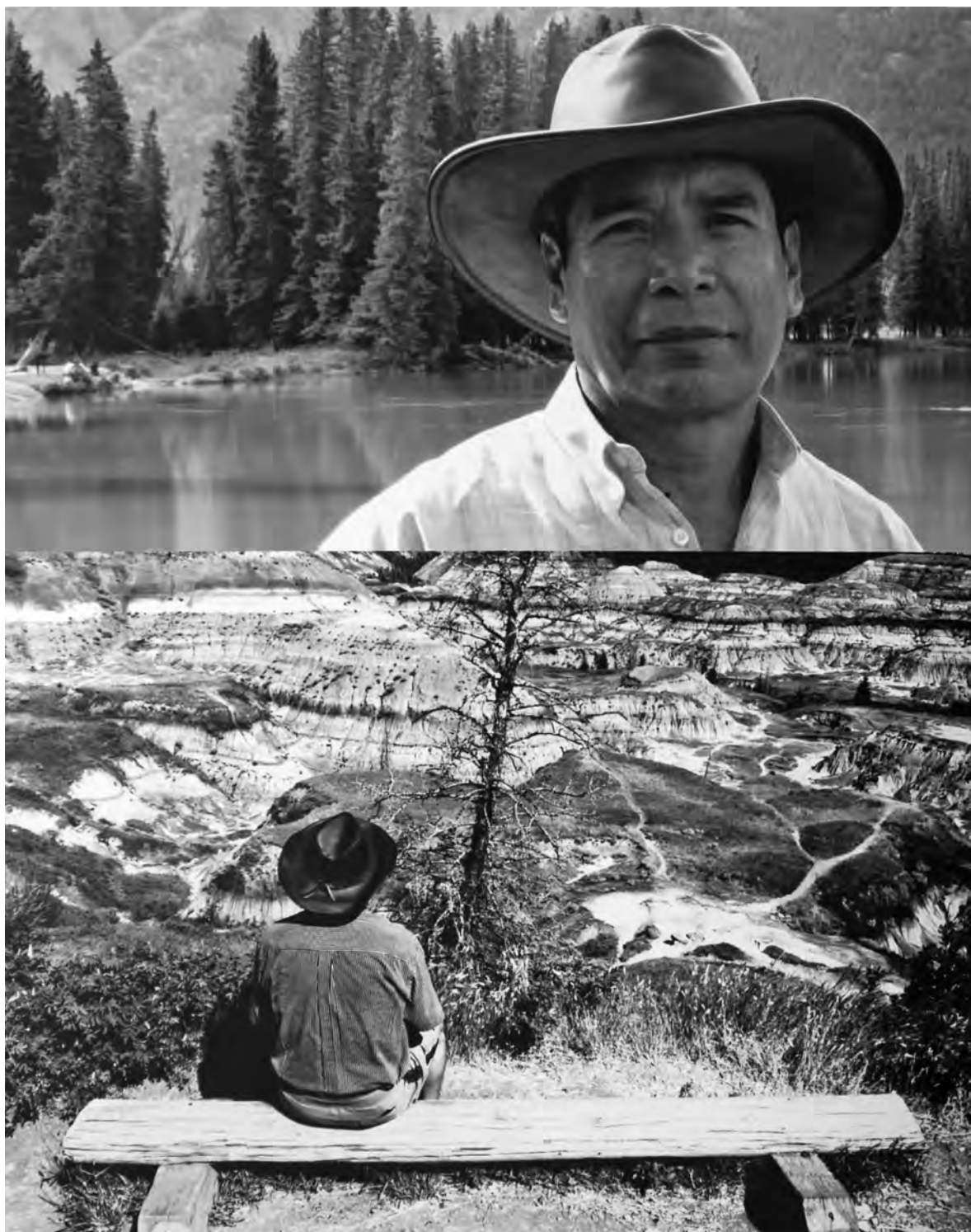
Eder Sánchez Medina (Ciudad de México, 1990). Estudia la licenciatura en Comunicación y Periodismo en la Facultad de Estudios Superiores Aragón. Obtuvo el segundo lugar en el Concurso Universitario de Fotografía de la UNAM Sus Ojos Tus Ojos, Martillo para las Fémias, 2010. Asimismo recibió menciones honoríficas en el concurso de fotografía de la Primera Gran Fiesta Internacional de Ajedrez de la UNAM, 2010 y en el 4° Concurso de Fotografía Deportiva Universitaria, 2011.





Todas las fotografías que integran esta serie: díptico en blanco y negro, fotografía digital, 8 × 10 pulgadas, 2012









Comedores compulsivos

Carlos Dzul

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Mi novia me dejó por otro y yo quedé lo que se dice devastado. Carcomido, literalmente, por la desesperación. Empecé por masticarme las uñas y ya encarrilado me seguí con lo demás: dedos, nudillos, muñecas... Terminé sin brazos y perdí el empleo. Era pianista.

Me dijeron que buscara ayuda (mi abuelita lo dijo), así que fui a eso de los Comedores Compulsivos.

Era una casa gris: parecía elefante viejo y despedía un olor desagradable.

La puerta rechinó como la tapa de un féretro y yo entré y vi a Palmenia, la encargada del grupo y dueña de la casa. Palmenia: alta, corpulenta, pesaba doscientos kilos (ella misma lo decía: hola, mi nombre es Palmenia y peso tanto). El pelo teñido de rubio, la boca pintada de amarillo.

¡Es preciso que te quedes en la casa!, dijo con aquella boca.

¿A vivir?

A vivir.

¿Cuesta mucho?

Gratis.

Lo pensé un segundo y dije: vale.

Las habitaciones eran diminutas. Muros verdosos. Camas duras. Había sólo una pequeña claraboya, cerca del techo, por donde se filtraba una luz blanquecina y lechosa. Una luz enfermiza.

Andaba todo el día masticando un juguete de caucho para distraerme.

Desayunábamos, comíamos y cenábamos platos de avena y vasos con agua. Había otros pacientes, aparte de mí. No había televisión. La mayor parte del día la pa-

sábamos arrastrando nuestros cuerpos contra las paredes, confeccionando llaveritos de madera, pulseritas de plástico. Además, reflexionábamos. Había que reflexionar y luego hablar de nuestras reflexiones.

Palmenia levantaba el dedo índice (largo y pesado, un cañón) y lo apuntaba sobre ti para después bramar tu nombre.

¡Roberto!

Yo no me llamo así. Roberto era otro paciente.

Su problema: lo andaban queriendo casar con cierta muchacha no precisamente fea pero muy pesada de carácter y él se oponía con fervor. Había intentado, sin lograrlo, cancelar la boda. Entonces decidió escapar. A través de sí mismo. A través de su propia boca se fue escabullendo poquito a poquito, bocado a bocado. Primero las manos, los brazos, las piernas, el torso... ya sólo quedaba la pura cabeza. Roberto era pura cabeza. Depositada sobre una silla, con semblante inofensivo, soñoliento.

¿Eh? Sí, mis reflexiones, dijo, aclarando la voz:

...De niño yo quería ser punk pero no me dejaron.

Lo dijo despacio, como repitiendo la tabla del dos y no queriendo equivocarse:

...Pintarme el pelo de verde y usar camisetas con dibujos de calacas. Mi madre... ella, embadurnaba mi cabello con... brillantina. Y perfume, litros de perfume. Yo quería ser vagabundo, no abogado. Me obligaron a estudiar. Y ahora tratan de obligarme a... contraer... matrimonio. ¡Obligar, obligar, obligar!

Aquí la voz de Roberto se quebró, dando paso a un lloriqueo finito y lleno de tropiezos. Un paciente negro de nombre Fortunato que estaba sentado junto a él des-

lizó por sus ojos (de Roberto) un pedazo de papel higiénico.

¿Señorita, le gustó mi reflexión?

La señorita Palmenia hizo un mohín y agitó la mano (cubierta de anillos) en el aire, como si fuera un avioncito que se tambaleara y dijo: sí, bien, más o menos.

En seguida: ¡Fortunato!

Éste adoptó la pose del pensador; con voz estudiada, mirando a Palmenia, dijo: me gustan las mujeres, mucho...

Había que creerle. Su novia, de nombre Lola, también estaba recluida en la casa. No podían tocarse, lo tenían prohibido. Es que había entre ellos un romance carnal pero que muy apasionado, de esos que destruyen. A Fortunato le gustaba tanto Lola que le había comido varios cachos, como si en lugar de novia fuera un postre. Lola era guapa, o lo había sido, y tenía un buen cuerpo, aunque ya no le quedaba demasiado. Le faltaban un brazo, una pierna, un ojo, una chiche y un glúteo.

...Son deliciosas (machacaba Fortunato): pero Lola... es una verdadera exquisitez. Qué sabor, señorita Palmenia. Los dedos le saben a miel, los pechos a tequila. Yo me emborracho con Lola y vivo atormentado, señorita, con la idea de lo finito. ¿Qué voy a hacer cuando se acabe, cuando ya no exista más Lola en el mundo? Todo lo que puedo hacer es devorarla de a cachitos, para que me dure. Qué proeza. Porque siento el impulso de arrojarle un solo gran mordisco y engullírmela de golpe, aunque muriera yo de indigestión.

Aquí la voz de Fortunato también se quebró. Un quebradero de voces era aquello.

¡Lola!



José Luis Peña, *Vuela lejos...*, aguafuerte/aguatinta, 81 x 36 cm, 2011

¿Qué?, dijo ésta, y le ganó la carcajada (juar juar).

Tenía pinta de muñeca nueva que envejece de un solo, implacable zarpazo. La greña: enredada, esponjada. Una ojera, una sola, bastante profunda. La sonrisa estirada en su rostro causaba un poquito de miedo.

¡Qué!

¡Tus reflexiones!

El ojo de Lola patinó un momento.

Yo siempre... —dijo— ¡hequeridoserdevoradaporunegro!

Lo escupió de repente, con gran seriedad, y nos miró a todos, como sorprendida y asustada de sí misma. Y volvió a estallar en risas.

¡Puf!, dijo Palmenia, ¡estás insoportable!... ¡Florencio!

Un sujeto robusto de rasgos vikingos, rasgos duros y encabronados, posiblemente estaba así de nacimiento. Ése era Florencio. No hablaba gran cosa. Tenía problemas con la gente. Lo escuchabas mascullar a cada rato: “no tolero a los pendejos”. Cuando le caías pesado te zampaba de mordidas. Un jefe que tuvo, que era bien mamón, acabó patizambo de una sola tarascada. Una novia que era muy sentimental y que lloraba mucho terminó sin ojos. Te observaba siempre fijo (cuando se dignaba observarte) como si estuviera decidiendo en qué casilla entrabas tú: pendejos/no pendejos.

¡Reflexiones!

La respuesta de Florencio fue una leperada típica.

Palmenia prefirió no molestarlo. Al fin dijo: Vladimir.

Y respingué, por menso.

Platiqué lo de mi novia (yo tenía una novia que...): se me compadecieron. Más que reflexiones mis palabras parecían lamentos, canciones rancheras.

Concluyó la charla y salimos al patio.

Un patio interior de mosaicos quebrados, cubiertos de moho.

Tiempo de sudar, proclamó Palmenia.

Y puso un caset de música moderna; mientras nosotros efectuábamos agachadillas, lagartijas y demás flexiones (conmovía ver a Lola, con su sola pierna, realizando agachadillas), Palmenia nos contemplaba pacíficamente desde una mecedora, dirigiendo nuestros movimientos, como si de una orquesta se tratara, con su largo y pesado meñique.

También Roberto, la cabeza de Roberto, nos observaba desde otra silla, con ojos alegres.

Uno. Dos. Tres.

Uno. Dos. Tres.

Luego a fabricar más llaveritos y pulseras.

Las noches en la casa eran de un silencio casi total, sólo perturbado por unos lamentos que salían como fantasmas cada diez o quince minutos a recorrer los pasillos. ¿Lamentos de quién? ¿Míos? Fuera de eso la superficie del silencio incólume, un silencio como un pozo. Tú, a lo largo de la noche, ibas descendiendo por ese pozo y con cada minuto transcurrido tu soledad se volvía más intensa, más irremediable, hasta que llegabas al fondo y te sentías como en las nubes. Empezabas a entender. A veces, en las profundidades de la noche, uno ve mejor las cosas. Yo, por ejemplo, pude contemplar mejor los amargos puntiagudos jodedores contornos de mi soledad.

Alejandrina. Eso éramos: Alejandrina y Vladimir. Pues bien: Alejandrina jamás me había querido. Recordé, estando en el fondo del pozo, cómo nunca se acordaba

de mi cumpleaños, cómo le costaba incluso recordar mi nombre. Le gustaban los músicos, nada más. Y yo era pianista. Pero se aburrió del piano y me cambió por un saxofonista. Maldita mujer.

Comprendí que estaba solo y sin amor. Me sentí más tranquilo y ligero.

Había encontrado, como quien dice, la paz.

Perfecto, la Paz.

Corrí a decírselo a Palmenia.

Oyes Palmenia, fíjate que ya encontré la paz y...

En eso estaba, rindiendo el informe de mi memorable hallazgo cuando ¡sopas! Recibí en la cara un gigantesco puñetazo. Mi descubrimiento al parecer le importaba un comino. Entonces deduje (desde antes ya tenía sospechas) que estaba secuestrado. El dolor nos vuelve ciegos, ya lo decía mi abuelita.

Se lo dije a los demás, lo del secuestro.

¿Mmmm, secuestrados?, dijo Lola, con recelo, como si tratara de encontrarle un saborcito a la palabra y por lo visto se lo halló chistoso porque se aventó a reír: juar juar.

Fiu, fiu, silbaba Roberto. Secuestrado, no secuestrado. Le daba lo mismo.

¡Déjenos ir, señorita Palmenia!, reclamó Fortunato.

¡Ni madres!

Florencio, enfurruñado en el rincón, no hacía más que gruñir, gruñir y dirigir a Palmenia sus miradas de vikingo encabronado, las miradas más temibles que haber puede. Mientras tanto aquella conminaba con sus labios coloridos: ¡Llaveritos!

¡A la mierda con sus llaveritos!, dijo Lola.

¡Pónganse a reflexionar!

¡Reflexionar mis huevos!, dijo Fortunato, apretujándose los consabidos.

Cuántas leperadas.

En las noches yo miraba el cielo azul marino por la claraboya, miraba mis manos patinar sobre un teclado imaginario e infinito. Extrañaba la música, es la verdad.

Y una de esas noches, mientras yo (tal vez no sólo yo) deliraba, Roberto, la tierna y tranquila cabeza, desapareció. Al día siguiente lo buscamos y nada.

Nos hallábamos (por fin lo veíamos) cual inocentes moscas atrapados en la tela de una araña gorda y repugnante.

¿A todos los internos te los comes, verdá? (voz de Fortunato).

Cochina (voz de Lola, entre risitas).

Tragona (yo).

Comegente (otra vez Fortunato, con exaltación).

¡Por eso ya quedaste así! (voz de Lola).

¿Así cómo? (Palmenia, furiosa).

Pues panzona (risita de Lola).

Con lo cual se terminó de armar.

Palmenia, rígida, cerró los ojos, o dejó caer los párpados, mejor dicho, y luego hizo un ademán que parecía el saludo nazi pero que quería significar “esperen”.

Se metió por un pasillo y regresó con un palo.

Eléctrico.

Vaya corretiza.

¡Prac!, chispeaba el palo cuando te rozaba y tú sentías que te zumbaban hasta las orejas.

Pero al final Palmenia se hartó de correr y se echó a descansar en medio del patio. Allí estaba, con las piernas abiertas, desparramada sobre los mosaicos ro-

tos. No sólo cansada, resoplando, sino triste, al filo de llorar.

Lanzó la reflexión siguiente...

De niña soñaba despierta que vivía en el campo. Una casita color amarillo. En la casa había conejos y tortugas. Un perro grande que en lugar de perro parecía caballo. Luego dejé de ser niña, me puse a crecer y crecí demasiado. No cabía ya en la casita que tanto soñaba y paré de soñar. Me resigné a vivir aquí, en esta casa gris y grande que huele a podrido. ¿Por qué huele tan mal? ¿Seré yo? El amor jamás lo conocí. Ni los conejos. No tengo amor ni paz. Tengo eructos y tormentas.

Y quiso continuar pero en lugar de ello se tapó los ojos con las manos. Una mole de carne sollozante es lo que era. Me inspiró mucha ternura, para qué mentir, y me acerqué para tratar de consolarla, ¡pero cómo, con qué manos! Con el pie derecho estaba a punto de brindarle unas pequeñas palmaditas... No lo conseguí, porque la mole sollozante se tornó de pronto en mole sonriente; sujetaba mi pierna con codicia, cual si fuera un pastelito. Abrió la boca, vi sus dientes amarillos y cerré los ojos.

Después lo que hubo fue un ruido aplastante como el de una tromba y...

Crunch, crunch, crunch...

¡Florencio!

Florencio me salvó la pierna y de paso la vida. Mghhmm, rezongaba el vikingo, masticando un gran pedazo de mondongo, que luego escupió. Mientras tanto Palmenia, lo que todavía quedaba de ella: en el suelo, en medio de un charco de sangre.

En medio de un charco de aplausos.

Nos largamos por fin de la casa y nuestras vidas continuaron. Fin.

Florencio se metió de cobrador. A la gente le dicen: o nos paga o le mandamos al vikingo. Y todos pagan.

Yo sigo tocando el piano (con los pies) y la gente me adora.

Lola ya no existe; Fortunato, pese a todo, se la terminó de escabechar y como consecuencia padeció profundas depresiones. Me corrijo, fue una sola profunda depresión, que ya es bastante. Anduvo solo y triste por un tiempo... más bien corto, porque no tardó en hallar otras mujeres de sabores exquisitos que accedieron, con grititos de emoción y todo, a ser devoradas por él. **P**

Carlos Dzul (Villahermosa, Tabasco, 1983). Estudia la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Publica dibujos en su blog personal <changosperros.blogspot.mx>.

El paraíso de Anselmo

Aurora M. López

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM, SUA

Una tarde lluviosa de julio conocí a Anselmo. Entró haciendo ruido y mojan-do la alfombra con las gotas que escurrían de su cabello. Saludó a mi padre como si fueran grandes amigos aunque yo nunca lo había visto. Pensé que quizá se conocían de tiempo atrás.

Seguí viendo mi libro durante horas, sentada frente a la puerta de la tienda de mi papá sin percatarme de que ya era de noche y seguían conversando.

Al siguiente día volvió a la misma hora para platicar con mi padre otra vez hasta tarde. Las luces exteriores enmarcaban la silueta del señor Anselmo dándole un aspecto tenebroso, lúgubre, hasta que sus visitas se volvieron diarias y me empecé a acostumar a él. Al despedirse tomaba entre sus brazos a mis hermanas. Platicaba con ellas sentado sobre la alfombra. Acariciaba su cabello y su cara mientras mi padre me escondía en su oficina hasta que él se fuera.

Al siguiente día papá recibió una llamada y después comenzó a preparar una maleta con ropa. Eran mis vestidos, zapatos, bolsas, sombreros: todo lo que utilizaba. Le pregunté qué pasaba pero él no contestó. Mis hermanas decían riendo que tal vez me iría de vacaciones pero yo jamás había salido de casa.

El día que recibí la noticia de mi partida me derrumbé. Me iría de viaje pero no con mi padre sino con el señor Anselmo. Mi papá me tomó en sus piernas mientras me limpiaba con su pañuelo la cara pálida y llorosa explicándome que era el momento de irme de casa.

“El señor Anselmo cuidará de ti y te dará un mejor hogar. En esta casa ya somos muchos. El negocio no está funcionando, hija, y Anselmo me dará dinero por dejarte con él. Sabe lo mucho que te quiero y lo valiosa que eres. Tal vez un día... te pueda recuperar”, dijo con un tono que me conmovió y no pude preguntarle por qué me vendía. Porque nunca entendí cómo era posible que una de sus hijas tuviera precio y más aún ¿por qué yo? Tenía muchas hermanas, todas ellas muy bonitas.

Lo que sí sabía era que no deseaba estar con el señor Anselmo. Durante sus visitas yo permanecía oculta a su vista mientras mis hermanas sonreían o se sonrojaban cuando él decía: “Todas son muy bellas.” ¿Cómo podría quererme a mí, si sólo me había visto un par de veces?

Mi padre dijo que me recogería al mediodía y se fue sin decir otra palabra. Estuve sentada en el sillón con la mirada dirigida hacia la puerta de entrada por más



José Luis Peña, *Tres*, linóleo, 47.5 × 66 cm, 2012

de cuatro horas, y deseaba quedarme ahí el resto de mi vida. La lluvia comenzó a las once de la mañana y para las cuatro de la tarde seguía lloviendo. Recé incansablemente a cada santo que conocía para que se inundaran las calles, se desbordaran los ríos o se descompusiera su auto y así evitar mi terrible destino. Pero, aun con lluvia, el señor Anselmo llegó cuando el reloj marcaba las cuatro y media.

Lo vi llegar a través del cristal de la puerta, reconocí su silueta a pesar de lo borroso del vidrio debido al golpeteo de las gotas de agua. Cuando entró, mi padre estaba desilusionado. Yo sabía que en el fondo no deseaba separarse de mí pero la situación en la que vivíamos lo hizo tomar el dinero.

Mi padre me abrazó fuertemente y sus lágrimas cayeron en mi cabello mientras le pedía al señor Anselmo que me cuidara. Le entregó una pequeña maleta con mi ropa, pero él se rehusó a tomarla.

—Ya le compraré yo lo que necesite —le dijo.

Quise llorar pero me contuve cuando vi a mi padre contar el dinero.

Al salir, el señor Anselmo me tomó de la mano. Me sentí frágil, casi de porcelana. La lluvia escurría por mi cara mojando mi ropa. Miré a mi padre abrazar a mis hermanas mientras me decía adiós en la puerta. En ese instante deseaba estar con ellos.

—Aquí es donde vas a vivir —dijo al entrar a su casa y me llevó a recorrerla: habitaciones tan grandes como nunca las había visto, el techo parecía tocar el cielo, piso alfombrado, candelabros de oro, una cama inmensa sólo para mí con muchos almohadones, un dosel de seda rojo, un enorme librero y un armario lleno de vestidos.

—Todo es hermoso —le dije.

—Te compré ropa, zapatos; todo lo que puedas necesitar. Mientras yo trabaje, te quedarás al cuidado de María, la sirvienta. Yo soy responsable de ti por completo. No deseo que salgas a ningún lugar. Quiero que te portes bien. A cada lugar de la casa que quieras ir yo te llevaré cargando. Eres mi pequeña princesa —me tomó de los brazos para cargarme, apoyó mi cabeza sobre su hombro y me llevó hasta la cama. Me quitó la ropa y me vistió con una suave pijama blanca. Besó mi frente y me cubrió con una bella colcha. Pero yo me sentía muy sola.

Pasé los días leyendo, mirando televisión, escuchando conversaciones ajenas, observando las nubes desde la ventana en brazos del señor Anselmo y en compañía de una señora que me insultaba en cuanto nos quedábamos solas.

María me golpeaba muchas veces como si fuera sin querer y nunca se disculpaba. Jalaba mi cabello al peinarme, quemaba mi piel con las tenazas que enredaba en mechones para hacerme rizos, quemaduras que después ocultaba con maquillaje para que Anselmo no me viera así. No le importaba que la amenazara con acusarla con el señor Anselmo, ella ignoraba mi llanto.

Me mantenía desnuda durante el día sin importarle que tuviera frío. Los vestidos me los ponía antes de que llegara el señor y rara vez lavaba mi ropa.

—Debería de casarse, tener hijos y a ellos darles el cuidado que le da a esa niña —decía mientras hablaba por teléfono.

Nunca se lo dije al señor Anselmo. Él me veía como su hija, la que nunca tuvo. Pensaba que María decía eso y actuaba de esa manera por envidia. Un hombre que apenas me conoce decide dármelo todo a cambio de nada y yo me regocijaba con la frustración de la señora, sentía satisfacción hasta que recordaba a mi familia, la verdad era que me había comprado.

No llevaba el conteo de los días, pero cuando el cielo se tornó gris y la lluvia era imparable me di cuenta de que había pasado un año. Una tarde escuché la voz de mi padre discutiendo con María. No lo pude ver aunque me estiraba para alcanzar la ventana, seguía siendo una niña.

Cada año anhelaba la temporada de lluvias frente a la ventana. Tenía la esperanza de que la situación de la tienda cambiara y pronto me reuniera con mi familia. Pero no pasó.

El señor Anselmo se volvía cada vez más viejo. Dejó de ir a trabajar a causa de una

pulmonía que lo mantuvo semanas en cama. Deseaba tenerme frente a él día y noche, me miraba la cara. “Tienes una hermosa sonrisa, como muñequita de porcelana”, me decía acariciándome las mejillas. Con el paso del tiempo llegué a quererlo como a un padre.

Durante su enfermedad me la pasaba sentada a la orilla de su colchón escuchando cuentos que María nos leía. Rara vez me cambiaba de ropa, sólo lo hacía cuando, con las suficientes fuerzas en la voz, el señor Anselmo lo pedía.

Acercaba su cuerpo hacia donde yo estaba para tomar mi mano fría hasta quedarse dormido. Sentía su calor. Y así, pensaba: ¿por qué una persona con tanto dinero compra a una niña? Ahora entendía su situación, su soledad y su necesidad de sentir compañía.

Cada noche observé paciente cómo aparecían las arrugas, cómo se colgaba milímetro a milímetro y empalidecía su piel. Una enfermedad tras otra lo mantenían en cama y a mí, estática, en el mismo lugar viendo cómo moría.

Una tarde tormentosa de julio el teléfono sonó presagiando una mala noticia. Mi padre había muerto y necesitaba que Anselmo cuidara también de mis hermanas. Las aceptó en casa con alegría y María las recibió de muy mala gana.

La tristeza que sentí se confundía con la felicidad de volver a ver a mis hermanas. ¿Cómo lucirán? ¿Tal vez como yo? Lo sabría si pudiera verme tan sólo una vez al espejo. Desde que Anselmo enfermó no me preocupaba por cómo me veía.

Esa tarde sonó el timbre, María abrió la puerta y trajo consigo una enorme caja de cartón. Despertó a Anselmo para darle sus medicinas mientras yo observaba la caja semiabierta. Escuché voces en su interior pero no entendí lo que decían.

Anselmo despertó dedicándome una gran sonrisa, los pocos dientes amarillos y grandes hacían de su expresión algo sombrío y me recordaban la primera vez que lo vi.

—Ya llegó el paquete, señor, ¿gusta que lo abra? —Anselmo parpadeó y fue apenas audible un “Sí.” María acercó la caja hasta él. El interior no era visible para mí. Ella sacó su contenido y me quedé petrificada, como de madera.

Una cabeza, un torso, otra cabeza y otra, piernas, brazos, miembros separados de los cuerpos de las que alguna vez fueron mis hermanas. Aún hablaban, las oía.

—Mmm... Son sólo partes de muñecas —dijo María mientras tomaba a mis hermanas y las volvía a meter a la caja.

—No cabe duda... escogí a la mejor —dijo Anselmo entre toses acariciándome la cara. ●

Aurora M. López (Ciudad de México, 1982). Licenciada en Comunicación por la Universidad de las Américas, estudia la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Actualmente trabaja como redactora, correctora y editora para diversas editoriales y revistas.

La desilusión de una idea

Francisco Rosales

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS-UNAM

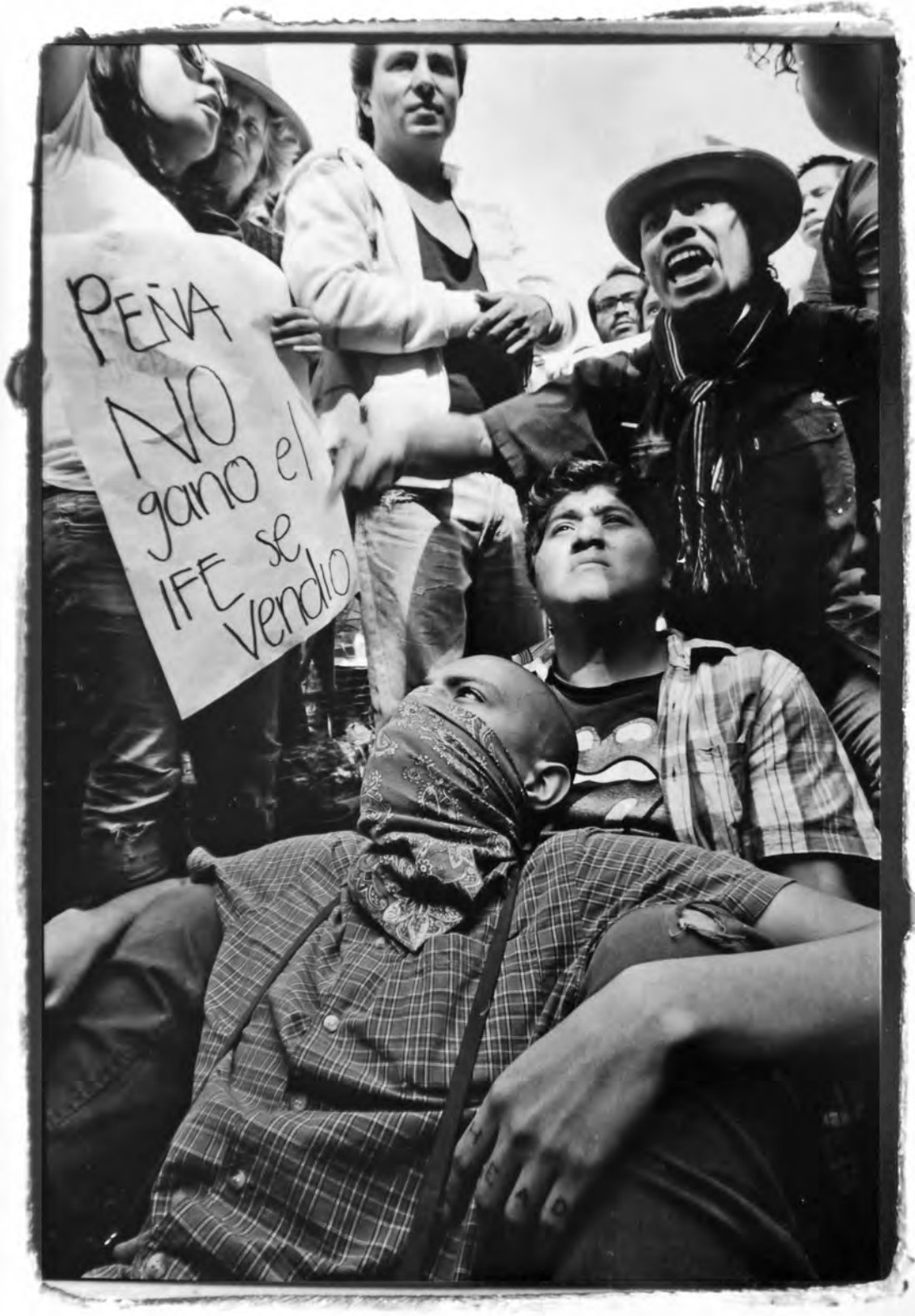


Todas las fotografías que integran esta serie: plata/gelatina, 8 × 10 pulgadas, 2012

















Francisco Rosales (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1981). Estudia el posgrado en Artes Visuales con especialidad en Fotografía en la Academia de San Carlos de la Escuela Nacional de Artes Plásticas y es voluntario en la fundación Héctor García. Participó en la I Bienal Héctor García en la Ciudad de México y la III Bienal Fronteriza en México y Estados Unidos. Su obra ha sido publicada en el libro *Espejismos, visión de 66 fotógrafos chihuahuenses*. En 2009 presentó sus fotografías en la categoría Student Focus del concurso Sony Photography Awards en Cannes, Francia. Obtuvo el primer lugar en el concurso del periódico *Heraldo* de Chihuahua (2007) y el primer lugar en el certamen de fotografía del Instituto Municipal de Investigación y Planeación (IMIP) de Ciudad Juárez, en 2011.

Del humor vegetariano

Víctor Hugo Martínez Bravo

INSTITUTO DE ESTUDIOS SUPERIORES EN NEUROCIENCIAS, PSICOANÁLISIS Y SALUD MENTAL

Fahd es un amigo saudí de ciento cuarenta kilos que, a diferencia de su célebre rey homónimo muerto hace unos años, conoce a fondo la poesía en lengua árabe y se dedica a traducirla al alemán. Cuando no se pasaba las noches enteras revelándonos —a mí y a otro puño de amigos latinoamericanos— la melodía, los andamios poéticos y aquel “incomparable placer” de los versos de Ibn Hazm, nos recitaba moaxajas y jarchas que se regodeaban glorificando al culo, ennobleciendo a los güevos y encumbrando a la mierda. Aquella labor quevediana fue premiada el año pasado en la Universidad de Heidelberg, a donde lo acompañé para escucharlo exponer su charla titulada “Metáforas y secreciones corporales en la tradición de la poesía árabe”.

En esa tarde de premiación, el Lezama Lima nacido en Riad y perteneciente a la comunidad árabe de Bremen hizo estragos en el auditorio. Al finalizar su charla, la gente no sabía cómo destrabarse las quijadas y de la salida del auditorio brotaban agonizantes caras y cuerpos de germanistas, quienes a pesar de su tozudo estoicismo inicial, sufrieron irremediamente las estocadas de aquella risa feroz del gordo.

Cuando salimos de aquel espacio que en un principio me intimidó profundamente debido a su penetrante olor a Hegel, Feuerbach y Habermas mezclados con el de la fragancia Daddy Yankee que compró Fahd especialmente para el evento, creo que comprendí qué fue aquello que descorchó la risa de los intelectuales allí reunidos. Fahd corporiza al erudito “escatológico y soez” que muchos pensadores (desde Diógenes de Laercio y la tradición cínica hasta Peter Sloterdijk y Slavoj Žižek)

en algún momento aspiran a ser y que muy pocos, debido a un “pudor burgués”, se atreven a encarnar.

Ya instalados delante de unas cervezas, Fahd me pregunta si alguna vez en algún lado había sido testigo de un accidente humorístico como el de aquella noche; un accidente originado por un discurso con pretensiones “de erudición literaria”. Que si aquello era un signo común en México. Y yo le respondo que alguna vez nos reímos escuchando a Carlos Monsiváis, quien junto con Sergio Pitol se había impuesto la tarea de erradicar la solemnidad de la cultura mexicana. Pero de algún modo es distinto. Algunas otras voces mexicanas les hacen eco —dije—, pero dentro de la sobreproducción literaria actual, son voces desamparadas, voces de niños abandonados en la llanura (¡esas frases infames brotan siempre en medio de mi inspiración etflica!).

Y este recuerdo de Fahd y de su talento monstruoso para la risa y la poesía de la excrecencia y la brutalidad me vino hace un momento, después de alburear y ser albureado por El Verijas (uno de los poetas más inventivos y cultos que he conocido personalmente). Vende libros en el tianguis donde trama —como Bach en su *Clave bien temperado*— el tejido contrapuntístico alburero, la fuga de los jodidos; donde cada frase aguarda con paciencia las réplicas vocales de un albañil o un carnicero.

La globalización trae consigo de manera implícita un desprecio por lo local. Es que mostrar nuestra localidad en un mundo globalizado es un signo de degradación social. Estar arraigado en un sitio, *localizarse* geopolíticamente en una literatura, para los ojos de la ideología global significa ser un aldeano, significa ser el apologista de un debate moderno ya superado. Ese pensar haber

llegado tarde al banquete de la civilización o de la modernidad o de la repartición de inspiración o de materia gris es el signo que marca casi toda la historia de América Latina. La del humor también. Se nos han impuesto teorías, literaturas, sensibilidades y esquemas de pensamiento europeos. Quizá sea abundar en lo obvio, pero si se quieren entender las razones del humor vegetariano y del olvido y desprecio del albur, habrá que machacar sobre el colonialismo cultural.

Los vendedores del tianguis se han vuelto cinéfilos porque no les quedan opciones, y pasan las horas mirando películas que les prestan sus amigos de otros puestos. Me he quedado abstraído junto con otras personas frente a la tele de la pollería. Venía a comprar pellejos para Verónica, mi gata, y me he quedado cuarenta minutos mirando una película que interpreta Cameron Díaz. El ánimo chocarrero de los vendedores les dice que deben reír frente a la pantalla y entonces ríen, aunque no comprendan un carajo los “chistes”, aunque no se sientan aludidos por aquel sentido del humor postizo. Yo intento una risa también, y si alguien nos mirara desde un helicóptero vería a un grupillo cautivo en un mercado mexicano, incorporando a sus prácticas casi medievales —con sus pollos degollados colgando de cualquier sitio— la risa de las peripecias de unos vacacionistas en Las Vegas o las “divertidísimas desgracias” de unos jóvenes *cool* de Wall Street. ¿Podremos ser también nosotros como esos jóvenes *cool* y reírnos de nuestros salarios mínimos y de nuestros pollos degollados, de nuestra clase política marrana y de muchos de nuestros espacios para el arte —antes autónomos— cooptados por la lógica del marketing?



José Luis Peña, *Sueño de Solentiname*, linóleo/láser/transfer/
hoja de plata, 118 × 88 cm, 2013

Pienso que la imagen que la televisión nos muestra sobre nuestro humor nacional es siempre falsa. ¿Por qué? Posiblemente porque no se quiere canonizar las prácticas de una clase a la que sería mejor borrar del mapa social. Si antes fue el *meco* y luego el *pelado*, ahora es el *naco*. Sólo hay que catalogar éstos u otros términos con gracia y jugar a reproducir su discurso de manera *light*. Si bien los actores que representan a los nacos adoptan el “cantadito” de las clases populares, reproducen los nahuatlismos, las inflexiones discursivas, los errores gramaticales y arcaísmos (dijistes, fuistes, etcétera.), no *piensan* desde su *ethos* y desde la violencia de su “humor propio de nacos”.

El albur es odioso no porque diga vulgaridades y sandeces, sino por su posición marginal dentro de la *ciudad letrada*; porque aquel discurso, aun cuando accidentalmente legitima por su oposición a las clases dominantes, expone aquella cara jodida que se ha buscado esconder desde la conquista: por un lado, el lenguaje del “indio ladino”, y por el otro, el humor homosexual reprimido.

Tiene razón Octavio Paz al hablar de batallas verbales e ingeniosas combinaciones lingüísticas, pero habría que pensar en que para los albureros, la dimensión lúdica es el elemento primordial que inspira la práctica. Habría que ver más allá de la inversión en las relaciones de poder del albur, de aquel *chingar y ser chingado* por el otro que piensa Paz. Sin embargo, en mi mente, Octavio Paz no puede quedar bien parado en el concurso nacional de albures de Pachuca frente al bicampeón Pablo Melgarejo ¿Serviría de algo la habilidad de improvisación poética de Paz? Posiblemente no, porque un pudor

le evitaría contestar, porque si bien ha reflexionado a fondo sobre la cultura popular mexicana, también ha seguido el mandato de la buena conciencia del *Manual de urbanidad y buenas costumbres*, que dice que:

Tampoco están admitidos en la buena sociedad los refranes y dichos vulgares, las palabras y frases anfibológicas, y toda expresión cuyo sentido sea oscuro y pueda conducir a los oyentes a diversas aplicaciones y conjeturas. El hombre culto apenas se permite uno que otro donaire, uno que otro equívoco presentado con gracia, oportunidad y discreción, y cuya ambigüedad no haga fluctuar un solo instante el juicio de sus oyentes; aunque jamás, cuando se encuentra en círculos de etiqueta, o donde hay alguna persona con quien no tenga ninguna confianza.

¿A quién sino a Carreño se le hubiera ocurrido la genialidad de vincular hermetismo y mal gusto? ¿Dónde podría ubicarse la poesía de Góngora o de Lezama? El albur es oscuridad porque en él reina la anfibología, la indeterminación y el juego del doble sentido.

Para el experto en retórica Heinrich Lausberg, el *calembour* es el juego verbal que se basa en palabras que se asemejan por el sonido y que difieren en el sentido. El *calembour* es el hermano decente del albur y una de las figuras retóricas más importantes que lo constituyen. Cuando Góngora, en una especie de paronomasia, con respecto a Lope dice “A este Lopico lo pico” está sentando las bases para que el discurso popular alburero formule la respuesta a la pregunta:

—¿Y los frijoles?

—Se los ha comido usted.

No es divertido explicar la mecánica del albur, porque, si bien es posible hacer un análisis retórico, filológico y lingüístico, éste debe vivirse en su performatividad. Performatividad para detectar las inflexiones de voz, los gestos y pausas que ayudan a distinguir la malicia de alguien que se ofrece a “dispararte unos ostiones en el centro”, o a autodenominarse “el chico temido” o “Aquiles Zacarías Blanco de la Vega” o a hacer alusión al “camote en barras de calabaza”. Se requiere práctica cotidiana para responder con agilidad —el ritmo dialógico es fundamental, pues el que se demora pierde— a los embates verbales, al reproche que te hace el otro cuando tienes suerte:

—¡No seas cagón!

—No me gustan los apodos, pero te dejo que me pongas el cagón.

—Te pongo el cagón, rojo de la vergüenza que me da.

—Vergüenza la mía... (etcétera).

El albur, a primera vista, parecería un acto absolutamente inmaduro, con esos adultos echando mano de juegos verbales infantiles como si intentaran regresar a aquella edad niña en la que comenzaron a descubrir el lenguaje y a unir palabras y a asociar ideas descabelladas. Pero, ¿no surge la poesía del mismo modo? ¿No resulta ésta de un ejercicio lúdico infantil? Por eso el albur tiene que vivirse como un juego. Pero como un juego que puede adquirir dimensiones de una complejidad y abstracción casi metafísicas. El gran filólogo Antonio Alatorre, en su comentario al ya clásico libro *Picardía mexicana* recuerda una batalla singular:



José Luis Peña, *Norte SUR*, linóleo, 97 × 65 cm, 2012

En contraste con mi pueril ¡Sacudo por no barrer!, recuerdo, por ejemplo, una charla que oí en Tampico —¿una charla?, ¡un duelo a muerte!— entre dos denodados campeones del albur. Eran como dos expertísimos payadores frente a frente, forjando metáforas y más metáforas, improvisando alusiones sutilísimas, arrojándose con vertiginosa rapidez una pelota cada vez más irreal y etérea y remontándose hasta no sé qué sublimes esferas metafísicas.

Algo de barroco mexicano hay en esa fragua incesante de metáforas, como enjambres de imágenes creciendo por aglomeración, agresivas y desbocadas, que tienen como tarea una apropiación cognoscitiva del mundo; no reflejando a éste de manera racional ni dirigiéndose al entendimiento sino a la inmediatez de la experiencia sensorial: poesía pura cuando se hace bien. El poeta Montes de Oca, Alfonso Reyes y Miguel Ángel Asturias, prologuistas de la *Picardía mexicana*, parecen anticiparse a los *Cultural Studies* ingleses y sugerir que no existe “alta cultura” sin la vena popular, como podríamos comprobar con Montaigne, Rabelais, Borges e incluso George Steiner. Pensar en Andrés Henestrosa y Alí Chumacero como grandes albureros me da un poco de alivio ante toda la presión del mausoleico canon literario mexicano. Hallar escritores que tiendan a “lo bajo” y al “grotesco inteligente” me llena los pulmones, pues mi gusto por la literatura y las palabras no surgió con la lectura de Rabelais o Cervantes o Gombrowicz o Quevedo, sino a partir de la chacota con albañiles y carpinteros. Un espíritu albañileco se apoderó de mí en la pubertad y ha hecho del albur mi referencia inmediata para el pensamiento abstracto; mi poética y mi arma contra El Verijas.

El albur es la esgrima de la invectiva y constituye una de las pocas oportunidades que tiene el mexicano barrio-bajero para ejercitar su capacidad de asociación, su agilidad mental y el uso creativo del lenguaje. El albur es el jazz de los nacos. No es una *impromptu* clásica sino una *jam session* para macuarros y verduleros. Pero no sólo la ñerada lo comprende. Si bien, en lo general, el mito dice que “la clase alta” no practica el albur tanto ni tan bien como “la clase baja”, existe un código compartido, delimitado y comprensible desde la aristocracia mexi-

cana (Carlos Slim) hasta la perrada de las vecindades. El problema del albur no es social sino generacional, problema de mutilación de una importante práctica social por parte de los empresarios del proyecto homogenizador y que se promueve como “globalizador”. Las nuevas generaciones (incluso muchos *lumpen proletarios*), a lo más que llegan ahora, *grosso modo*, es a la comprensión de un doble sentido *light* debido a que el albur ha trascendido las gestas verbales de los albañiles en las pulquerías y se establece en las oficinas de publicidad como doble sentido amable y ligero para vender mejor algún producto.

La “generación posmoderna”, en general, ha dejado de lado la paradoja del lenguaje alburero con connotaciones sexuales. Lenguaje que se arraiga tanto en una tradición náhuatl como en una tradición hispánica; lenguaje culterano y conceptista; expresiones y sensibilidades indígenas que convergen, como dice Beristáin, en un significado único: “simbólicamente te penetro (te venzo y te degrado)”.

Por otro lado, si bien el doble sentido no es una característica única y propia del albur mexicano, es el carácter generalmente ambiguo de muchas de las formas de comunicación de la cultura mexicana lo que propicia la génesis del discurso alburero. El antecedente del albur moderno se encuentra en muchas de las prácticas y cantos religiosos prehispánicos, como los *cihuacúcatl* (“cantos de mujeres”) o los *cuecuechcuícatl* (“canto travieso”). En ambos casos, se utiliza el lenguaje en doble sentido y hay claras referencias a lo sexual. En ambos hay una doble función que puede ser ambigua: los primeros son ridiculizaciones sobre el sexo de los nobles, cantados por damas y dirigidos hacia ellos. Estos cantos buscaban tanto causar la risa de los espectadores, como ofender a los aludidos. En el *canto de las mujeres de Chalco* (véase León Portilla), pero en especial en el *cuecuechcuícatl*, los cantantes buscaban tanto fecundar las plantas, como provocar la risa del público. En ambos, el carácter sexual y el erotismo estaban siempre presentes de una manera ambigua y cómica.

Nuestra retórica del humor ahora es la de la imagen. No la imagen crítica del caricaturista, sino la del pastelazo y la cachetada, la de la zancadilla y el tropezón. Y

a veces ni siquiera eso. A veces es sólo la risa nerviosa ante el silencio, la risa ante el vacío o ante la incomprensión. Nuestra risa que es desatada por la risa ajena (de una procedencia misteriosa). Adal Ramones, la risa enlatada. Lo que quiere la gente no es el discurso verbal, sino esa imagen familiar. Regla de oro de Televisa o de Coca-Cola: haz a tus súbditos sentirse como en casa; hazlos seguir “trabajando” (produciendo capital) en su tiempo libre mientras ven la tele.

Extraño las películas de ficheras, las películas de leperadas, de mecánicos, de albañiles y de cabareteras. Lamento sonar a ese defensor “posmoderno” de las películas de *Santo contra las mujeres vampiro*. Sin embargo, creo que una de estas chatarras de los años ochenta vale más que todos nuestros melodramas juntos y que muchos de los éxitos de nuestro a veces dudoso “cine de oro”. No vindico la técnica en la dirección, en el argumento y en la producción de las películas de ficheras. Está claro que en tal rubro estas películas eran nulas. Técnica la de los directores y fotógrafos de los años cincuenta (Figueroa y el Indio Fernández como ejemplos). Pero dicha técnica estaba generalmente al servicio de un guión y una historia normalmente bochornosos, plagados de diálogos de gran artificialidad, lacrimógenos y risibles. Las películas de cabareteras y albañiles normalmente adolecen de peores defectos a nivel técnico. Si bien están llenas de historias inverosímiles, de efectos especiales rancios y

de actuaciones pavorosas, son fieles al espíritu del albur y la chacota del barriobajero. En los diálogos cómicos y en los juegos verbales de estas películas jamás hay artificialidad (lo cual no se le debe a la capacidad del guionista, sino a la fácil comprensión del espíritu alburero en muchos sectores de la población, incluidos guionistas y actores). Se retoma además la tradición picaresca y la de los donjuanes, y sobre todo, se retoma un tono que ha hecho falta en el cine mexicano durante mucho tiempo. Una película de albures no acepta la tragedia en ningún momento. Cuando parece que la narración caerá en lo melodramático, hay siempre un albur que recupera el tono chacotero.

Comienza a llover, pero ya estoy llegando a la casa. La calle está en silencio. No hay nadie en mi barrio porque es la hora de una serie gringa comiquísima por el canal 5. Casi se me mojan los pellejos de mi Verónica; los sebitos, la carnita grasienta, los cueros fofos que le hacen salivar y chupetearse los colmillos y quizá soñar con todo ello, como le ocurría a Fahd en sus alucinaciones poéticas, en las que quedaba atrapado entre montañas de carne, retazo con hueso, chuletas y pescuezos de pollo. Prendo la luz y saco la carne; *Caro Victrix*. ♪

Víctor Hugo Martínez Bravo (Ciudad de México, 1933). Es licenciado en Literatura y maestro en Teoría y Crítica Literaria Latinoamericana por la UDLAP. Comenzó la maestría en Neurociencia Cognitiva y de la Conducta Humana en el Instituto de Estudios Superiores en Neurociencias, Psicoanálisis y Salud Mental. Próximamente iniciará sus estudios de máster-doctorado en Ciencia Cognitiva y Lenguaje en la Universidad de Barcelona. Colabora para la revista *Crítica* de la BUAP.

Usted no debería leer nada

Sergio Huidobro

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES-UNAM

I / Escribir

Dice Gabriel Zaid que dice Cervantes que si uno no entiende el dibujo de un gato, no es preciso volverlo a dibujar sino escribirle una leyenda que ponga: “Esto es un gato”, y listo. Otra forma de decirlo (aunque ésta ya es mía, ni de Cervantes ni de Zaid) es que el escribir puede clarificar y delinear nuestro entendimiento del mundo de formas en las que al mismo mundo —barroco, asfixiante, grosero, veloz, abigarrado— le resulta imposible hablar.

Acaso el lector encuentre que el párrafo anterior peca de cursi o exaltado. Confío en que no sea ni una cosa ni otra. Hace un tiempo me encontré dando clases de regularización para algunos chicos de secundaria que jamás atinaron a decirme qué era aquello que separaba a la Prehistoria de la Historia. Entre sus respuestas: el nacimiento de Cristo, la extinción de los dinosaurios, la conquista de América o (la más elaborada) la invención de la agricultura y, ergo, las primeras sociedades sedentarias.

Ninguno parecía haber reparado en la escritura como punto de arranque para la civilización que hoy conocemos, y como verdadero inicio de la Historia, al menos en las cronologías comúnmente aceptadas. La cosa no termina, por supuesto, en condenar con gritos en el cielo el nivel de la educación básica ni mucho menos: estoy seguro de que si saliera ahora a la calle y preguntara lo mismo a treinta personas al azar, serían pocas las que acertarían. Y en un primer momento más de uno se sorprenderá, estoy seguro, de que algo tan banal como el escribir marque el antes y el después de todo, por encima de sucesos mucho más dramáticos y espectaculares.

Nuestro tiempo no es tiempo de escritura; nuestra vida (hablo cuando menos de la urbana, la occidental, la que conozco mejor) ha encumbrado al acto de escribir como propio de “los escritores” y no de “los seres humanos”. En la misma lógica en que tenemos contadores para que ellos se ocupen de las declaraciones fiscales y tenemos gobernantes para que ellos se encarguen... bueno, de casi todo, así parecemos entender que los escritores existen para que sean quienes se encarguen del idioma, pues uno ¿cuándo va a tener tiempo para escribir algo más largo que un correo electrónico, un memorándum, un oficio o un formulario? Ni pensarlo.

Para escribir uno necesita tiempo, sí, pero también la voluntad de hacerlo, y esa voluntad no puede nacer de otro lugar que de la conciencia de lo que significa es-



José Luis Peña, *De guerra y moribundos*, linóleo/madera/hoja de plata, 73 × 103 cm, 2013

cribir. Se necesita también, decía Virginia Woolf, un *cuarto propio*, y si bien ella se refería a un espacio de vida independiente y autosuficiente para las mujeres preparadas, en nuestra época un *cuarto propio* se puede traducir como un espacio mental, ajeno al ritmo y los estímulos del mundo, divorciado del hipertexto, las multitareas y la llamada en espera, igual para hombres que para mujeres.

Hoy conocemos y guardamos como grial los gruesos volúmenes de diarios y correspondencia de Tólstoi, Goethe, Anaïs Nin, Adolfo Bioy Casares, Paul Celan, Kafka, Stefan Zweig y un batallón más. Muchas de esas páginas no fueron escritas con la



José Luis Peña, *Berlín*, linóleo, 65 × 97 cm, 2012

conciencia de que más tarde serían editadas, comentadas, distribuidas, comercializadas ni reseñadas. Lo que no está nada mal, porque si todos ellos supieran de antemano cuántas personas los leeríamos, no habrían escrito ni la mitad de las impudicias e indiscreciones que suelen ser las partes más entretenidas de los papeles ajenos.

Muchas de esas páginas nacen de actividades naturales como el carteo y el diarismo, que hasta hace poco jugaron un papel tan decisivo como el *Quijote* o *Nadja* en la evolución de las lenguas, aunque fuera un papel menos público. Tal vez, en última instancia, las páginas mejor acabadas de Voltaire o Paz no sean sino el producto final de la intensa práctica diaria de escribir cartas extensas y de llevar diarios de densidad casi ensayística.

Por supuesto, no todos los que llevan diarios terminan siendo Goethe, ni todos los que practicaron la correspondencia de forma atlética terminaron escribiendo *Madame*

Bovary, pero ahí recae el punto: en que la escritura cotidiana fuera eso, cotidiana, natural, conversacional, dinámica, aun cuando uno no aspirara a publicar nunca nada. Y sí, tal vez aquellas actividades fueran un divertimento casi exclusivo de las altas burguesías y de las clases mejor acomodadas, pero hoy, a ojos nuestros, aquello no deja de constituir uno de los legados más transparentes que tenemos para mirar hacia el pasado y su intimidad.

Esa escritura, la “de a pie”, hoy amenaza con desaparecer definitivamente de la vida misma: ¿cuántas personas en su familia llevan un diario como actividad?, ¿cuántas veces en una semana acostumbra usted escribir correos o mensajes que excedan los dos párrafos de extensión?, ¿no le parece a usted una barrabasada el que, en un idioma como el español, que rebasa las trescientas mil palabras, una de las frases más recurrentes para expresar conmoción o emociones sea “No hay palabras para describirlo”?

¿Legará nuestro tiempo testimonios de la misma naturaleza a las épocas venideras? Difícilmente, aunque tampoco seamos catastrofistas: los acervos audiovisuales y multimedia cumplen esa función con particularidades que antes estuvieron vedadas a la escritura. Aun así, me atrevo a afirmar que, de la misma forma, la escritura permite trazar ciertas zonas del pensamiento y la sintaxis que hoy resultan virtualmente imposibles para lo audiovisual. La más relevante: el carácter necesariamente individual, personal, solitario de la escritura. Diferente es del cine, que siempre implica un trabajo de más de dos manos, o del diseño, que implica cadenas de varias etapas en su producción.

Bien puede y debe convivir la escritura con otros formatos de registro, con la fotografía, el *net-art* o el blogueo multimedia, que el futuro también reclama ya como necesarios e irrenunciables, y cuyos méritos no son pocos ni menores. Pero la escritura como actividad cotidiana, punto de partida de lo que llamamos Historia, es una de las poquísimas cosas que no podemos permitirnos perder como especie, pues implicaría perder mucho, mucho más. Las consecuencias ya las vemos desde hace tiempo: notas periodísticas mal escritas, empobrecimiento de vocabularios, desinformación y una auténtica debacle ortográfica en prácticamente todos los niveles.

Así que, tanto si he logrado alarmarlo como si no, deje de leer esto, tome una hoja de papel, un bolígrafo y escriba doscientas veces: La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La escritura no es para escritores. La es [...]

II / Leer

Como primer paso, salga usted a la calle. Tome un camión, aléjese en la medida de lo posible de su entorno inmediato. Baje. Pregunte a tres personas, visiblemente diferentes entre sí: “¿por qué alguien debería leer?”

Obtenidas las respuestas, aborde cualquier otro transporte. Repita la operación unas siete, ocho o treinta y siete veces hasta que se haya convencido de que las respuestas serán variopintas, exaltadas, tal vez sinceras, casi todas retóricas, pero ninguna original. Algunas apelarán a un romanticismo cursi y pastoso (“porque leer nos vuelve mejores personas”); otras, a ensoñaciones políticas no menos dramáticas (“porque un pueblo que lee es un pueblo libre”), y por ahí se colará, estoy seguro, aquella que ape-la a un pavoroso y pragmático funcionalismo estadístico: “porque leer mejora la ortografía”.

A los primeros habría que recordarles que buena parte de las juventudes de Stalin, Castro, Mao o Nerón transcurrieron en algún sillón, devorando páginas enteras de volúmenes rechonchos que después llegaban a citar de memoria. A los segundos, decirles que tal vez en ningún país del mundo se leyera, discutiera y se editaran más libros que en las repúblicas de Austria y de Weimar, que abrieron las puertas al fascismo nazi. A los terceros, los ortográficos, no habría que responderles nada, mejor será dar la vuelta y marcharse.

Lo que nadie pondrá en duda es ese carácter categórico, imperante y casi fundamentalista del *deber* leer, una enseñanza sistemática, políticamente correcta y biempensante que recorre como fantasma el sistema educativo y que sólo puede desembocar en dos cauces: el sentimiento de inferioridad del que no lee —movido por un rechazo natural hacia aquello que se debe hacer— y peor: el pavoneo de superioridad de los que sí lo hacen, a menudo convencidos de ser un bastión de civilidad anclado en una marea de primitivismo salvaje, aunque una valoración más sensata y humilde de uno mismo habría de reconocer que, sencillamente, en tierra de ciegos, es muy fácil ser tuerto y rey.

Pero, ¿es que en verdad se *debe* leer? ¿Aceptaría usted que alguien le dijera que se *debe* hacer el amor, se *debe* preferir el vino al agua, se *debe* disfrutar el olor a toronjas o a hierba húmeda, y quien no lo haga se condena a sí mismo a las antípodas marginales de la civilización? He ahí una paradoja del discurso de nuestra época: si leer nos hace libres, ¿de qué serviría la libertad cuando los placeres se tornan imperativos y atenúan, precisamente, su placer? Porque si algo es la lectura, eso sí, es un placer rabiosamente individual que se ejerce por derecho propio.

Dicho de otra forma: hay un grave malentendido en entender a la lectura como un camino hacia algo más (hacia un mejor país, mejores profesionistas, mejores conversaciones, mejor ligue, mejor ortografía, mejores calificaciones, mejor sueldo, mejor estatus) y no como un fin en sí misma.

Tomemos entonces esa afirmación falsa: no es cierto que se *deba* leer, como no es cierto que se *deba* hacer cualquier otra cosa que sea un placer por elección y no un imperativo moral. “*I would prefer not to*”, decía a cada momento el Bartleby de Melville, y eso lo convertía, después de todo, en un faro de lucidez en una marea de discursos prefabricados.

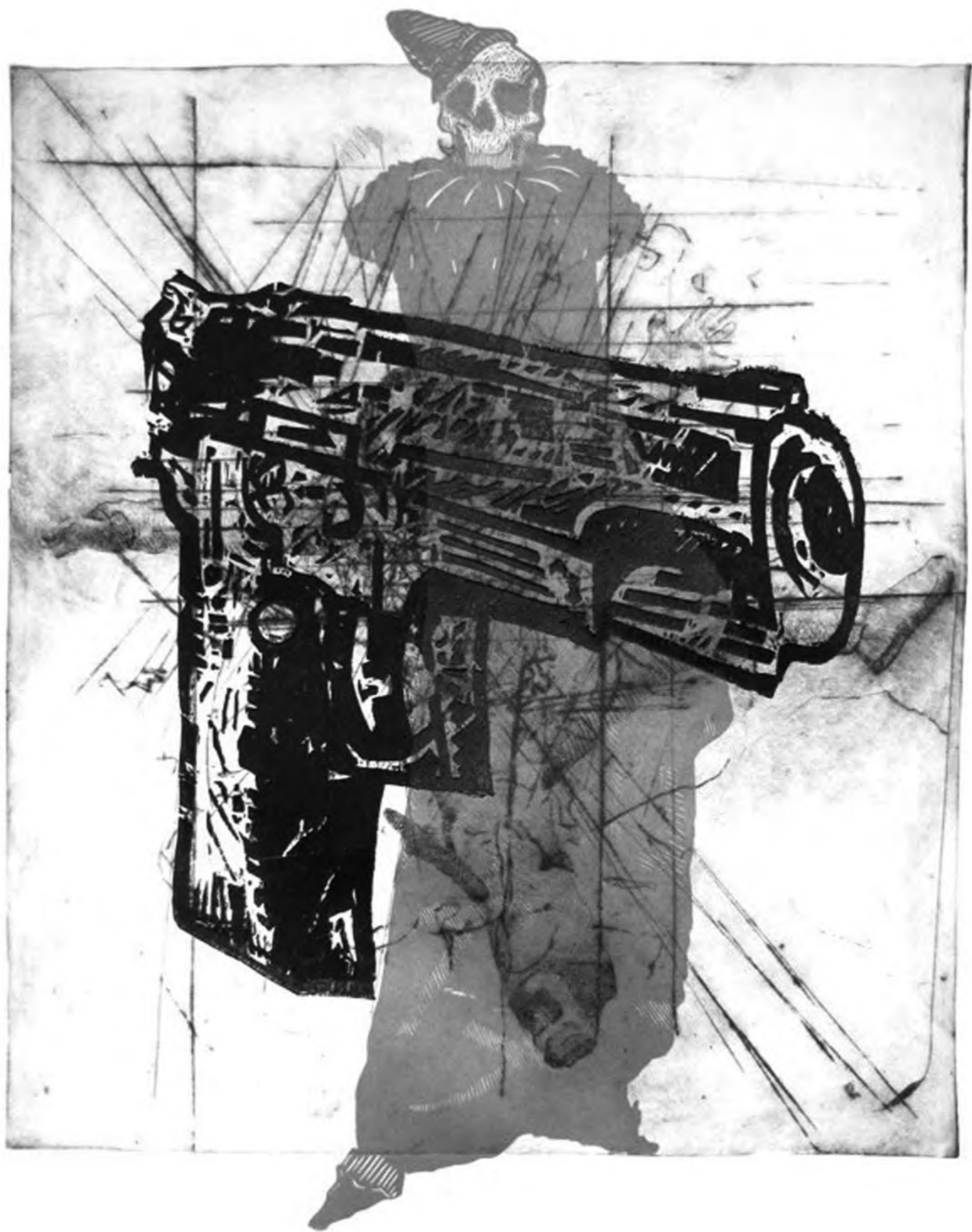
Pero volvamos a nuestra primera pregunta, introduciendo una pequeña variación: ¿por qué alguien, entonces, *querría* leer? Bueno, pues a mí se me ocurriría decir que si leo es porque encuentro al mundo anestésico, repetitivo, plano, gris y tibio. Sin estímulos a voluntad (sean los que éstos sean), uno con seguridad agotará lo que el mundo le ofrece antes de cumplir los treinta. A partir de entonces todo será repetición, lugares comunes, inercias y un prologado reciclaje de escenarios y decisiones predecibles que, en el mejor de los casos, proporcionarán una calma gris, invisible, debida a la falta de sensaciones más vivas que la de tomar café cargado, pasarse un alto peligroso o masturbarse en baños públicos.

Lo confieso, entonces: si leo es por miedo, auténtico miedo a esa apatía vital que afirma que la felicidad consiste en llegar a convencerse gradualmente de que el mundo está bien tal y como es. Evito muchos líos con la policía al no consumir heroína ni sodomizar a nadie en la vía pública, pero elijo leer porque me resulta más barato y sirve exactamente para lo mismo: para sentir todo aquello que el mundo no me ofrece por sí mismo. Las consecuencias son parecidas (genera adicción a largo plazo, aleja del contacto humano, afecta los ciclos naturales del sueño), pero con estragos menores en la salud.

Por supuesto, dichos estragos existen: una exposición prolongada a Cioran, Lautréamont o Fernando Vallejo bien pueden desembocar en una tendencia mayor al suicidio o agrios episodios de misantropía; y sí, largos periodos de contacto con Georges Bataille, Sade, Pierre Louis o con las páginas más impúdicas de Boccaccio y Chaucer bien podrían traducirse en un alza en las tasas de divorcios, originada por frecuentes y cada vez más brutales exigencias sexuales en la intimidad de los matrimonios.

¿Para qué, entonces, *querría* alguien leer? ¿No es cierto que leer genera dudas, despega los pies de la firmeza del piso, trastoca los valores, cuestiona todo lo que se le ocurre cuestionar? ¿No es cierto que el que lee empieza a desconfiar de su propia historia, de lo que sabe, de lo que le enseñan? ¿No quiere uno menos al mundo cuando lee por ser como es? Y si leer provoca todo eso, ¿por qué alguien debería leer? 📖

Sergio Huidobro (Ciudad de México, 1988). Estudió Ciencias de la Comunicación, Edición y Escritura Creativa. Colabora con narrativa, ensayo, crónica de viaje y crítica cinematográfica en publicaciones impresas y electrónicas de México, Ecuador y Estados Unidos como *Punto de partida*, *La Tempestad Universitaria*, *Revista Mil Mesetas*, *El Fanzine*, *Periódico de Poesía*, *Contratiempo* y *Ágora* del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Ha brindado charlas y coimpartido talleres de escritura y lenguaje audiovisual en recintos como la Fonoteca Nacional; en 2011 recibió el primer lugar en el Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes-Fósforo en el marco del FICUNAM. Actualmente mantiene la columna escrita “Negativos”, de ensayo cinematográfico, para El Colegio de México, y forma parte de la agencia editorial y creativa Matrushka Editorial.



El mayor monstruo del mundo. La reinención del Siglo de Oro español

Itzel Rivas Victoria

Pedro Calderón de la Barca

El mayor monstruo del mundo

Dirección y adaptación: José Caballero

Teatro Juan Ruiz de Alarcón, Centro Cultural Universitario

Del 11 de abril al 30 de junio de 2013

Las historias de amor nunca pasan de moda, y mucho menos cuando van acompañadas de celos indomables. *El mayor monstruo del mundo* fue escrita por Pedro Calderón de la Barca hace más de tres siglos y en esta ocasión ha sido adaptada y dirigida por José Caballero. El Teatro Juan Ruiz de Alarcón del Centro Cultural Universitario se convirtió en el anfitrión de esta puesta en escena cuya temporada finalizó el 30 de junio.

El montaje juega con tres espacios temporales: la historia se sitúa en la época del Imperio romano, el lenguaje nos lleva de regreso al Siglo de Oro Español y la música, pieza fundamental de esta nueva versión, nos mantiene en el presente. Esta combinación resulta no sólo interesante, sino también exitosa y definitivamente atractiva para el público actual. La música tiene un papel protagónico en esta adaptación; destacan el blues y el jazz que al combinarse con los diálogos brindan un híbrido conmovedor capaz de mantener la atención del espectador. Los actores, que también son los músicos, y el mismo director conviven en el escenario con una naturalidad que les permite intercambiar papeles y, a veces, adoptar el rol de utilería, que lejos de pasar desapercibido destaca por la simpleza e ingenio que emana.

Herodes, tetrarca de Jerusalén, es presa del amor obsesivo que siente por su esposa, Mariene, y se considera merecedor de la que a sus ojos es la mujer más bella. Herodes se encuentra en medio del conflicto que protagonizan Octaviano, Cleopatra y Marco Antonio; su aparente lealtad con los últimos es sólo una treta para lograr que ambas partes se destruyan y él sea el único beneficiado. Octaviano resulta vencedor en la disputa política y Herodes sabe que su muerte será la inevitable consecuencia de que su plan haya fallado. Su miedo por perder el poder nubla su mente, pues, según él, ello también significaría la pérdida de su mujer. Por su parte, Octaviano descubre un retrato de Mariene y enseguida comienza a idolatrarla. El gran temor de Herodes comienza a materializarse cuando se entera de que su rival está enamorado de Mariene. Herodes es condenado a muerte y cree que después de ser ejecutado su esposa



Foto: © José Jorge Carreón

terminará al lado de Octaviano. Esta posibilidad lo orilla a planear algo siniestro y desencadena una tragedia que no pudo haber imaginado. Es así como el mayor monstruo del mundo, los celos, se revela como una fuerza capaz de destruir lo que más se atesora.

A pesar de la naturaleza trágica de la obra, ésta no se desarrolla en un ambiente lúgubre ni solemne. La escenografía minimalista cautiva la imaginación del público y el vestuario ecléctico complementa la ilusión de atemporalidad que envuelve toda la puesta en escena. Jorge Ávalos interpreta a Herodes, el protagonista egoísta e inseguro, incapaz de vivir, o morir, sin tener la última palabra. Violeta Sarmiento encarna a la hermosa Mariene, un personaje de muchas aristas: apasionada y fiel, sí, pero también calculadora y con la intención de castigar de la forma más cruel a quien la ha traicionado. El papel de Octaviano le corresponde a Antonio Rojas: el César es presentado como alguien dispuesto a resignarse si así logra evitar el sufrimiento de lo que más añora, pero finalmente también es víctima de la manipulación y de la fuerza de su propio deseo. El montaje no estaría completo sin la aparición de Polidoro, interpretado por Patricia Yáñez, quien con singular franqueza rompe la tensión en varias ocasiones; su discurso ligero y lleno de chascarrillos se agradece cuando parece que la historia está tomando un rumbo demasiado abrumador.

No se puede reclamar la extensión del montaje, dos horas y media, cuando cada minuto ha sido bien utilizado para crear un mundo que parecería ajeno, pero que en realidad nos demuestra que este tejido de egoísmo e intriga aún está vigente. La musicalización de los versos de Calderón de la Barca, a cargo de Alberto Rosas Argáez, actualiza la obra desde el principio, pero también sirve como el vehículo perfecto para monólogos que resultarían demasiado intensos para el espectador. Esto no significa que pierden su fuerza inicial, sino que al recurrir a géneros musicales contemporáneos es posible ver otra cara de la obra: un lado fresco y particular que rompe con las expectativas que podrían tenerse de este texto clásico. ♪

Itzel Rivas Victoria (México, D.F., 1985). Traductora egresada de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Sus traducciones han sido publicadas en *Periódico de Poesía*, *Viento en Vela* y *Paso de Gato*. Participó en el festival Poesía en Voz Alta 2007. Actualmente se desempeña como traductora *freelance*.

Cielos grises

Silvia Aguilar Funes

Charles Simic

Una mosca en la sopa. Memorias

(Traducción de Jaime Blasco)

Vaso Roto Ediciones

Barcelona, 2010

Dicen que la memoria se construye a partir de los tres años, que se trata de un tejido colectivo. Las memorias, diarios, cartas, autobiografías y biografías tienen el atractivo de hacernos parte de dicha construcción. Las memorias nos cuentan una parte de la vida del autor, quien nos guía entre los pasillos de sus recuerdos, frente a las vitrinas que ha elegido mostrarnos.

Podría decirse que Charles Simic (Belgrado, 1938) relata su vida con poco interés por destacar sus ventajas y virtudes. El poeta serbio nos invita a hacer el recorrido de una feria pobre en sus memorias. Nos conduce entre tendajos enfangados y juegos oxidados, donde uno puede salir volando de la rueda de la fortuna impulsado por la explosión de una bomba. Su feria tiene circo, donde no hay animales y el número principal es un poeta joven que no sabe por dónde empezar. A veces imita a los poetas de la generación beat y otras destruye sus versos convencido de su mediocridad.

El título *Una mosca en la sopa* es una frase que rechaza que se trate de una vida de carácter excepcional. La imagen es desagradable. Simic se sitúa como un ser que siempre estuvo incómodo en el entorno que fuere. Él se posiciona como uno más que padeció las consecuencias de la guerra, pero cuya historia no es distinta por esa razón, sino por otras. En las primeras líneas de esta obra expresa:

Son tantas las personas desplazadas, tan dispares los destinos individuales y colectivos que han tenido que afrontar que sinceramente resulta imposible, para mí o para cualquier otro, afirmar que alguien posee un estatus especial en virtud de su condición de víctima.

Despojada de la cualidad de extraordinaria, Simic nos cuenta su vida desde la perspectiva del que llegó aquí por equivocación. Como niño no congeniaba con su madre, la que aterrada huía sin sentido de las bombas en Belgrado; la madre a la que ocultó que extraía pólvora de las municiones rusas o nazis para cambiarla por cómics. El inmigrante joven que estaba fuera de lugar en la escuela nocturna de Estados Unidos,



enfrentado a la dificultad de expresarse en otra lengua entre los artistas de su generación; incómodo eternamente por el insomnio. Y uno asiste a la exhibición de estas penurias como pueblerino mugroso, sentado en gradas desvencijadas, cómodo de reír con Simic, simultáneamente expectador y protagonista del espectáculo.

Belgrado ha sido la capital de la región conocida en el siglo XIX como principado de Serbia, posteriormente reino de Serbia, reino de Yugoslavia, Yugoslavia (socialista) y República de Serbia en nuestros días. La “Ciudad Blanca” fue objeto de bombardeos en la Primera Guerra Mundial. En la Segunda Guerra también fue atacada, tanto por nazis como soviéticos y por aliados, años en los que Charles Simic corría constantemente al sótano de su hogar para resguardarse de los ataques aéreos.

El autor de *The World Doesn't End* matiza la confusión y la miseria con el tono sarcástico, con la belleza de otros varios recuerdos, proyectados en el cine de esta feria, improvisado bajo los cielos grises de la guerra. La hostilidad de su recorrido se suavizaba con la serenidad —o indiferencia, elija el lector— de algunos personajes de su vida: el abuelo y el padre, siempre dispuestos a comer y beber, y continuar durmiendo durante los bombardeos. Un padre que Simic nunca tuvo claro por qué se fue un día de Belgrado, ni tampoco entendió para qué se reincorporó a la familia una década después. No obstante, su relación con él era felizmente cómplice.

La familia es toral para la formación de Simic. Algunos memoriosos pueden omitirla en sus biografías, obviarla o mantenerla en privado. Sin embargo, para este poeta la familia converge una y otra vez con el vino y la comida en los recuerdos. Afirma incluso que “se podría escribir una autobiografía mencionando todas las comidas memorables que uno ha vivido, y probablemente sería una lectura mucho más entretenida que las memorias convencionales”.

De la misma manera, es inevitable para el ganador del premio Pulitzer de poesía (1990) contarnos de los alimentos literarios gracias a los cuales sobrevivió mientras estudiaba la preparatoria nocturna y trabajaba de día. Se paseaba por las calles de Nueva York buscando libros de viejo, como Patti Smith —otra poeta atormentada por el hambre. A propósito de sus hallazgos, Simic declara:

El libro que cambió radicalmente mi concepción de la poesía fue una antología de poetas latinoamericanos contemporáneos que compré en la calle Ocho. Publicada por New Directions en 1942 y descatalogado ya en la época en que la compré, me descubrió la poesía de Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Jorge Carrera Andrade, Drummond de Andrade, Nicolás Guillén, Vicente Huidobro, Jorge de Lima, César Vallejo, Octavio Paz y muchos otros. Después de leer aquello, la poesía de las revistas literarias que frecuentaba me parecía demasiado cauta.

Estas influencias revelan una relación poco evidente para los lectores de la lengua española, sobre todo porque se trata de un escritor con sesenta libros publicados de poesía y prosa que ha sido traducido a cuentagotas a nuestra lengua. *Una mosca en la sopa* fue publicado en inglés siete años antes (University of Michigan Press, 2000) que la traducción barcelonesa de *Vaso Roto* que ocupa esta reseña. Años en los que el escritor ha continuado activo y en los que la Biblioteca del Congreso estadounidense lo distinguió como el décimoquinto *Poet Laureate Consultant in Poetry* (2007). Simic se declaró honrado con el nombramiento, especialmente porque fue un inmigrante que aprendió a hablar inglés hasta los quince años. El niño que se vio obligado a masticular francés para sobrevivir unos meses en París con su madre, donde se retorció cada noche tratando de dormir en el suelo, ha traducido al inglés la obra de poetas franceses, serbios, croatas, eslovenos y macedonios.

La feria de la vida de Charles Simic es una feria itinerante que cierra con una proyección de cine en la carpa. En esta película, el poeta discute con un amigo sobre la existencia, el silencio y la conciencia. Una discusión alimentada por el vino que se diluye en imágenes grises, lluviosas, bélicas nuevamente. Primero la radio y después el cine constituyeron la principal compañía y fuente de inspiración del poeta serbio.

La poesía de Simic entra en este círculo con frecuencia, donde el origen del autor, el niño que jugaba a ser soldado, el inmigrante aislado y el hijo en guerra en el propio núcleo familiar, es un referente para entender dónde se posiciona. El tono contemplativo en ocasiones, introspectivo en otras, de sus poemas y su imaginería nace del potaje cocinado con alubias, cine, guerra, lenguas extranjeras, pintura, música y familia. El trajín de los juegos y espectáculos acaba en casa, con un banquete en el que se ha servido sopa. ●

Silvia Aguilar Funes (Estado de México, 1984). Es comunicóloga por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y maestra en Comunicación y Política por la UAM Xochimilco. Se ha desempeñado como asistente editorial y como profesora adjunta en el área de periodismo de la FCPYS-UNAM. Obtuvo una mención en la categoría de crónica en el Concurso 38 de la revista *Punto de partida*.



